

iones del ornitorrinco

las

LA REVUELTA

novela

sonia montecino



154

LA REVUELTA

Colección Nueva Narrativa

LA REVUELTA

Sonia Montecino Aguirre

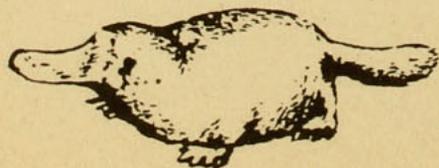
Las Ediciones del Ornitorrinco

© **Sonia Montecino Aguirre**
Inscripción N° 69.066

Publicado por:
Las Ediciones del Ornitorrinco
Alberto Reyes 032 - Santiago - Chile

Diseño portada: Eugenio Dittborn
Diagramación
y Montaje : Fernando Sanz

Impreso por:
Tamarcos S. A.
Año 1988



En un perdido rincón del planeta los ornitorrinco se extinguen.
Con seguridad, no hay en toda la Tierra seres que luchan con más
empeño por sobrevivir en ella.

A Rolf Foerster

A poco de amanecer vino sobre
tí un finado endiablado:
de ahí has quedado tendido,
de ahí has quedado derribado.
Yo vengo a verte.
Dije de tí: "Iré a levantarlo";
por eso vengo.

*(Canción de la Machi María Lienlaf,
en "Lecturas Araucanas"
de José de Augusta)*

I

Se enojó esa luna conmigo y me dio el castigo: llorar sangre. El dolor orina por mi vientre, me traspasa un cuchillo que no veo. De nada sirven las manos de mi madre recorriendo mi piel, tratando de aliviar este malestar que me encoge.

Amelia intenta olvidar su aflicción dibujando con los dedos las flores del cubrecama, escarbando con las yemas los huecos que los parches no han cubierto, agrandándolos, reiterando ese gesto cada vez que las puntadas se hacen insoportables. —La luna vieja también se enojó conmigo— le explica Noemí abriendo amorosamente sus piernas para que aloje en la vulva la toalla que absorberá la secreción de su herida.

La música nocturna de los televisores la arrulló, adormeciéndose con la presencia del paño abultado, impidiendo que el flujo chorreara por sus muslos.

Noemí descansa, siente las piernas agarrotadas por las dos horas de ejercicios y trotes que ha realizado para ganar la pelea del próximo domingo. Escucha los quejidos de su hija en la otra pieza que se van transformado en el espejo de su propia condena. Reclamo subterráneo de Amelia. ¿Cuándo fue que yo misma meé bajo la luna vieja? El rumor de la sangre se detenía en su garganta y veía las manos de la Lucinda Queupil sobándole el estómago, preparando los envoltorios en que su primera menstruación quedaría petrificada, muda. Era antigua la época en que maldijo el instante en que su cuerpo pasó a ser otro, escindido, cíclico, cortado. La Lucinda dijo en su español resentido lo que a su propia abuela le habían sentenciado: castigo de la luna. Y se da cuenta de que su recuerdo es saliva seca, porque ha pasado mucho tiempo y su memoria no le devuelve los detalles. Sólo una huella, un lamento tenue que se une al de Amelia, en la otra pieza, soñando lo que Noemí soñó esa vez que la Lucinda Queupil apagó el chonchón y el grito de los treiles ocupó la noche. Frotándose los muslos evoca las flexiones, los tiburones que el Emperador le dejó de tarea para "alcanzar el éxito y un trabajo estable".

Uno – dos; uno – dos; uno – dos, la letanía de los números que provocan el sudor va borrando definitivamente la mirada de la que oscureció la ruca. Nunca se le habría ocurrido hacer otro trabajo que no fuera su acto en el Negro José; pero la proposición del Emperador le pareció seductora. Era verdad que jamás levantarían las clausuras a las boites de barrio y no tendría más destino que ser una cesante, aguardando alguna remota clave que la ayudara a sobrevivir.

Muchas veces, esa excrecencia de fieltro que ahora llevaba Amelia le había servido para ser un Sandro creíble. El propio tumor del cantante que yo puedo poseer cuando mi sangre debe ser contenida. Los hombres se agitaban en las sillas al vaivén de mis caderas ondulantes, sin centro, cuando les canto Una Muchacha y una Guitarra para poder bailar y mi trasero ordena los gritos que me obligan a mover los labios carnosos como lo hace el Sandro al son de la orquesta; me gana la fiebre y ellos ya están chillando: ¡sácate los pantalones! porque les da lo mismo si soy o no un hombre, el Sandro, y a lo mejor él tampoco es tan hombre como yo que me disfrazo de él y que puedo hacer bailar como nadie la seda de mi blusa blanca en las penumbras del escenario.

A principios del año habían cerrado el Negro José. Noemí y el elenco estable de bailarinas y músicos siguieron juntándose noche a noche en el bar que el dueño tenía a pocas cuadras de la boite. Allí conversaban la esperanza de una apertura. Los decretos podía modificarse.

Salir al centro, transformarse en callejeros, hacer los actos y pedir una colaboración. Ganarse un lugar concurrido. Quizás esos paseos donde ya no transitaban autos y que los ciegos dominaban con sus flautas y órganos eléctricos. Ponerse un poquito más recatadas las chiquillas, un número del Sandro, el conjunto podría cantar una cumbia.

Extraño fue entonar "tus labios de rubí" sin el juego de luces, haciendo caso omiso de la estridencia de bocinas y del zumbido de las micros, como si estuvieran de verdad en el Negro José y los transeúntes fueran un decorado. La blusa ajustada, el pata de elefante. Contoneando un poco el anca para intensificar después en "de rojo carmesí" y mirar profundo a esa señora que escondía su mirada y no sabía si era hombre o mujer ese Sandro que la eligió entre las pocas que se atrevieron a acercarse. Ondulante cuando "parecen murmurar mil cosas sin hablar" y la joven rubia convencida de que Sandro se enamoró de ella, escuchó atenta al coro que dramatizó" y yo que estoy aquí sentado frente a tí me siento desangrar". Fue raro danzar para la mujer de pelo claro, leve ritmo del trasero y unirse a las muchachas para rematar juntas el "sin poder conversar".

Pocos aplausos, uno que otro pesito en el sombrero. La gente se disolvió rápido. Poner más ritmo. Entonces, que el Sandro cantara Rosa Maravillosa y el conjunto lo acompañaría. Las niñas que bailen. La algarabía se iniciaba. El público se amontonó, contagiado con la canción "tan maravillosa como blanca diosa" que Sandro no alcanzó a terminar, porque un piquete de muñecos apareció raudo descendiendo de un carro verde y a bastonazos expulsó a los espectadores. Se llevaron a patadas al Sandro arriba del bus, gritándole marica y a las del coro las subieron adelante para manosearlas. La muchacha rubia fue el único testigo que permaneció en el paseo, enojada porque no pudo ni hablar con ese Sandro que le dio un ratito de su amor. Muñecos malditos.

Nunca más salir al centro. La gente nos mira en menos, eso me di cuenta y además soportar los golpes de esos miserables. La comisaría húmeda, la fianza que nos costó pagar. No hay espacio para los artistas como nosotros en el centro, no valoran que una tiene que ensayar, vestirse, sudar en el baile, cansarse.

Los bandidos quedaron mudos cuando supieron que el Sandro era yo, después más lo que me humillaron. Ni plata pudimos sacar. Todavía me duele la espalda cuando me acuerdo. No voy más al centro. Es mejor esperar a que abran el Negro José.

Antes de acostarse, Noemí se desliza a la cama en que Amelia duerme como otra Noemí de labios abiertos. Una espuma delgada viaja por sus comisuras. Le palpa el cuello. Parecido al de René, piensa. Garganta opalina la de ese hombre que se perdía entre sus piernas oscuras, cosquilleando por el pecho su piel de gazapo, lamiendo sus pezones. La risa de René marcada en las venas del cuello que ella mordía desesperada. Sólo así podía silenciar sus gritos de animal blanco. La Amelia a veces gime como él cuando está contenta y no me atrevo a recorrer con mis orejas sus ríos henchidos, esos cauces de René cuando su lengua caminaba sobre mi pecho. Los ojos miel de René que ahora estarán secos o vacíos o cerrados y por eso no le puedo decir a la Amelia que apague las velas porque nadie nos dirá nunca donde está si es que está en esta tierra. ¿Seremos igual que la Raquel, que todas las demás, pariéndonos siempre como única voluntad en este mundo de mierda? Es destino crecer a la Amelia para que ella sea yo y después le lleven a su René, lo desaparezcan en otro Negro José clausurado y se sueñe que ella misma lo mató porque él quiso usarla para sobrevivir. Entonces, también se le olvidarán las cosas, se pondrá de luto, hablará sola como la Raquel. Por eso me siento tan bien cuando puedo ser el Sandro, reinando.

En el escenario nuevo la baba de mi deseo: el sabor de ser otro, sospechar el poder de ser un él. Sandro luchadora.

El Emperador ya no sale en la tele, concluyó el programa de catch. Sus ojos: pequeño horizonte asomado por las carnes amarillentas. Curva las cejas con lápiz negro. Le ha crecido tanto el estómago que sólo puede comprar en las tiendas de ropa usada de la calle Franklin. "Quiero los a rayas blancas sobre fondo azul". Sudaba en el probador, el contacto con la tela importada le puso los pelos de punta. Un ciempiés rozando el paño. Tocar al hombre que usó en Norteamérica esos pantalones a rayas. El espejo le devolvió la imagen de un Emperador con pantalón azul aflautado en los tobillos, largo de tiro, como hecho para contener su volumen. Pantalón azul para conquistar la Violeta Parra, con la fuerza, la compañía, la certeza con que lo haría el hombre de Norteamérica. Acoplado a ese género, adherido a las proezas de su primer dueño, se sentía extasiado y no se cansaba de posar, de autoexhibirse con ese pantalón norteamericano con que invadiría la Violeta Parra.

Esa mañana de fines de noviembre el descampado era el desierto en que los jovencitos galopan sedientos de sangre y pólvora. Emperador Llanero Solitario. A lo lejos, la edificación de mejoras, medias aguas compradas por cuotas al Hogar de Cristo. Atravesó con paso lento el tierral. Una cola de mujeres y chiquillos con baldes recortaban la estepa, absortos en el manar de un grifo. Murmullos de conversaciones y llantos de guaguas llegaron a los oídos del Emperador cabalgando orgulloso en su corcel blanco.

Los niños fueron los primeros en reconocerlo, lo rodearon apenas bajó de la Egaña-Lourdes. El Emperador es famoso en todas las poblaciones. "El que sale en la tele" gritaron accionando la cadena de mensajeros manzana por manzana. Amelia también formó parte del enjambre que lo escoltó por las callejuelas de la Violeta Parra. Lo había visto los domingos en la casa de la Raquel, que cobra sólo cinco pesos por hora. Noemí descorrió las cortinas de percala, curiosa por el jolgorio de los vecinos y luego abrió la puerta para ver de cerca a ése que causaba tanta inquietud en la población. El Emperador escrutó su figura delgada, morena. Noemí creyó que le dijo con la mirada: a ti te necesito.

-¿Quiere ganarse unos morlacos?

-¡Claro! ¿Y cómo?

-Una vez por semana en un show, en un ring.

-¿Y eso?

-Luchando.

-¿Luchando?

-Usted es perfecta, sé que peleará como ninguna.

-¿Hay que pelear? ¿Mujeres contra mujeres?

-Sí pues, en mi espectáculo Las Fierrecillas del Ring. Usted cobra por pelea ganada, y si no, un porcentaje por recaudación ¿Está de acuerdo?

El Emperador entró a la mejora, cerrando la puerta para consolidar el trato, evitando que los pobladores lo estorbaran con sus ojos pediguñños y que los chiquillos lo manosearan como si se tratara de un santo.

Llegué muy antes. Chica mediana sería cuando me trajo mi abuelita a esta ciudad, pueblo grande. Unas casitas pocas no más habían, pura tierra como campo. Juntando año con año es que fueron llegando las gentes, formando la población, levantando uno y otro palo, armando los techos. Es que le pusieron Violeta Parra poco hará, ya ni me acuerdo. Mi abuelita era buena de salud pero pobre, lavaba en ajeno pa' comer nosotras. Por eso no pude adelantar, no tengo letras. Ella es que se vino del campo pa' progresar en este pueblo grande y se fue quedando, me fue quedando. Mi abuelita me enseñaba rectamente, cualquier huasquita pillaba pa'castigarme, pa' que aprenda los deberes.

Tanto que caldea este sol mi ruquito y achicharra mis fonolas, ancha mis ventanas. Le pedí a la Noemí bolsas de plástico porque cuando cae el fresco, se me entumecen toditos los huesos, más quejona ésa, le dije que en la noche el plástico me canta a mí. Esa es vivaza, me robó perejil y cree que no sé. Es tonta, si mi abuelita la hubiera crecido sabría portarse con las vecinas y enseñarle a su chiquilla. Se entrevistó en todos los trabajos mi abuelita, hasta que le vino esa malura de cabeza, como lluvia decía que sonaba y más después la empañación de la vista, la pura sombra de su mano columbraba al final. Ahí empezaron mis tormenturas, tanto sufrimiento pa' salir de amencida recorriendo las calles de esta población pa' llegar al trabajo. Y éstas creen que una se lo ha pasado puro patiparreando no más.

El plástico que me dio la Noemí es más malo, se agujereó total. Mañana voy a ir donde el Martínez a conseguir tapas de cálifont.

Bonitas están quedando las ranchas con esas coberturas de colores, como moda es que les vino a éstos de ponerle tapas a las casas. Al Martínez lo echaron de la pega y le pagaron con eso, pero a mí no me va a venir a cobrar pa' na es que soy la más antigua de aquí y miren cómo me tienen en una ranchar sin vidrios.

Chica mediana sería cuando me trajo mi abuelita a este pueblo

grande, como huérfana pa' pura crueldad no más. Tanto chiquillo que tuve y ahora no me miran. Bueno, será por tanto fracaso que les dí.

La cría de la Noemí se consigue velas pa'l mundo. Muchas se creen que van a volver sus parientes con eso y no se dan cuenta que con la huelga ya se acabaron, son lesas. Tonta calumnia, señor.

El sol está más pesado, nunca se aburre de calentarme mi ran-cha.

Mi abuelita decía que muy triste, muy sentido era el caminar por este mundo desamparadas. Por eso que me da por gritar y éstas piensan que estoy tonta de la cabeza, pero me da lo mismo lo que digan, puro conventilleo porque ésas no conocieron su abuelita pa' que las crezca.

Se manchó el pantalón a rayas con cerveza, pero no le importó porque estaba entusiasmado explicándole a Noemí las ventajas de su nuevo trabajo.

—Lucha libre, siempre una sola ganadora que será usted, Noemí, se lo aseguro. —Cierra sus ojillos oblicuos, acaricia la barbilla. —Tenemos que buscarle un nombre, algo que pegue, que llame la atención, algo así como la Tormenta de Pudahuel, y entonces usted aparecerá como un torbellino y pondremos ruido de viento en los altoparlantes.

—No, no me gusta ese nombre —Noemí arrisca la nariz—. Me llamaré Bibí la Invencible.

—¿Bibí la Invencible?

Bibí abre las piernas, aquí te entrego mi alma, la carne dura, rosa, el miembro de tu René, date vuelta, entrégame todas tus hendiduras. Obedezco para tenerlo siempre cerca, a mi lado para no quedarme como la Raquel. Siempre cerca chupando vértebras con el rosa erguido que introduce en su piel abierta. Bibí, bautizo del calor que lubrica su cuerpo, irrepitiblemente tierno, difícil de contener. Después: Bibí, ahora tú cabalga como si tuvieras el rosa, péntrame, haz cuenta que eres yo, soy más dulce que la puta madre, esconde en tu mano el otro miembro, el de verdad, y con el de mentira perfórame, desgárrame. Bibí la Invencible.

—Me gustó la Invencible. Le pagaré después de cada show. En este juego ustedes lo van a inventar todo, no hay límites, basta la imaginación. Eso sí, los golpes en los senos están prohibidos. Y hay que cuidar el físico: respetar la "Gimnasia Elemental", leerla como la Biblia.

El Empeador le mostró técnicas de respiración: toma aire/ bota

aire. Un cursillo de capacitación en llaves y planchas, uso de la mano derecha, esquivé de golpes. Un año de duración tenía el contrato que firmó Noemí.

La Noemí está más creída, me anda mirando por encima del hombro. Todo porque encontró pega con el guatón de la tele.

Pura porquería. A ésa la andan basuriando siempre. Mi abuelita conoció a su tía y decía que eran indias, mapuchas ésas dos, cochinas. Mi abuelita hartó que las ayudó y la Noemí es bien malagradecida que cualquier cosita que le pido me la niega y la chiquilla después me queda debiendo por los programas y no me paga nunca, sabiendo que eso es mi puro ganito.

Más antes no se veían estas gentes así, nunca mi abuelita dijo que había personas tan torcidas. Claro que la chiquilla me ayuda con las velas, es menos loba que la madre. Esa Noemí quizás pa' dónde va a enfilar su camino, ¿por qué no se quedó tranquila cuando cerraron el Negro José? El gusto digo yo de andar revolviéndolas, y a su tía la corrió para puro tener el hombre en la casa. Más malo el hombre, por eso se lo llevaron los muñecos, pura revoltura que andaban haciendo aquí. ¿Dónde habrán quedado esas banderas que tenía el hombre de la Noemí? Esas me habrían servido pa' poner cortinas ahora que voy a tener vidrios. Mi abuelita les habría enseñado lo que es bueno.

Este deber mío no más de soportar las vecinas, obligada que estoy. Gente de moledera. Ahora se lo pasa corriendo, corriendo todito el día, dice la chiquilla que su mamá va a peliar con otras mujeres ¿habráse visto tanta malura, señor?

Cuando Amelia era niña su madre la llevaba a la Quinta Normal, desde esa época piensa las buganvillas como árboles gigantes y cultiva enredaderas, clavelinas que viven en teteras viejas, en tarros de nescafé colgados de las paredes, en bacenicás hurtadas al basural de la población.

Jardín, entierro de caracoles, gusanos que animan sus juegos y también cementerio de cajas de fósforo donde descansan mariposas marcadas con cruces y flores de papel lustre. Sepultadas cajitas de Té Marfil, cartones, envases de Mentholatum. Ausencia de mi papá que dicen está enterrado en un lugar que no conozco, o sin sepultura porque parece que cometió un delito y se lo llevaron por la ley, así me contó la Raquel que como está loca no hay que creerle mucho, vive hablando de su abuelita. Mi papá debe estar como esas animitas de la esquina, ladrones, fugitivos, hombres malos, almas en pena y me da tanto susto pasar en la noche por esas casuchas donde las velas terminan pudriéndose.

Negro territorio de la Raquel que llora abrazada a las casitas de aluminio. Los finados de la esquina aparecen con las tormentas y todos nos escondemos para que no nos molesten. La Raquel dice que hay que rezar tres Padre Nuestro y así se van a su mundo. Quizás no han podido llegar a la muerte, por eso arman tanto escándalo. Le prenderé velas a mi papá para que nos deje tranquilas, a pesar de que si él se hizo mariposa no debería reclamar las luces de esos soles de mentira.

Ese domingo de diciembre se levantó temprano a comprar pan para el desayuno. El uniforme del colegio no le gusta, pero lo usa para contradecir a Noemí. Zapatones negros sin calcetas porque hace calor.

-¿No tienes miedo, mamá?

-No.

-¿Y si te golpean mucho? ¿Si pierdes?

-Será la suerte. Hazme masajes, ¿quieres? -Unta su palma y la pasea por la espalda, baja por la cascada de pelusas y alcanza el eclipse que forma la mancha que devuelve su origen.

-No, no tengo miedo -le susurra Noemí.

El olor del ungüento penetró el pan y se mezcló al aroma del té. Amelia apoya sus labios en la taza observando fijamente a su madre que prefiere jugar con las migas, que suspira mirando el reloj sobre el refrigerador.

A las once y media de la mañana Bibí la Invencible se siente tranquila. El Emperador ha llegado. Trae un altoparlante que parece una giba naciente de su enorme lomo. El hombre está entusiasmado. Ella contesta con apenas una sonrisa a su enérgico buenos días.

-Noemí, tu rival -ahora que somos socios tenemos que tutearnos- es la Perricholi, una negra mañosa.

-¿Es muy grande esa Perricholi? -pregunta Amelia.

-No mucho, pero astuta como ninguna. Lleva dos peleas: una ganada y la otra perdida por puntos. La entrena el marido.

-Me va a joder entonces -ríe Noemí.

-No te creas, en este negocio tener hombre es una desventaja, se cansan en el otro ring -carcajea el Emperador. Amelia y su madre no recogen la broma, lo miran en silencio.

-Ya, menos conversa y manos a la obra que queda poco para empezar la función.

El Emperador les da la espalda, se desembaraza de su pantalón azul a rayas, expone sus nalgas sin tensión. Culo despavorido, piensa Noemí. El hombre se introduce en un short negro y las enfrenta. Su

vientre cuelga sobre el ancho elástico. Se saca la camisa y ellas contemplan el continente lampiño donde los pezones se vuelven sobre sí mismos, tan distintos a los de Amelia madurando, a los de Noemí pulsonados y tersos. El hombre elude la condena de sus pupilas y se cubre rápido con la camiseta dorada. Anuda sus botines. Estira los brazos, hace cuatro flexiones y dice:

—Ya estamos.

El Emperador me entrega el disfraz con que dejaré de ser Noemí Sandoval; que revivirá a Bibí la Invencible. Sostengo el pantaloncito nylon, besa mi pantorrilla, se acomoda en mi trasero. La camiseta lila, repujada como las que usan las del Negro José, incomparable en su acogida a mis pechos que desean ser prisioneros de este lila para siempre. Las zapatillas en su 36 perfecto. El lila, color de la fortuna, como me corresponde por ser la Invencible. Me siento retenida, moldeada por la estrechez de mis prendas, pero no me voy a quejar, él sabe cómo hacer las cosas, por algo es el manager, el dueño, el jefe, el Emperador.

—Suéltate el pelo, así no parecerás más una campesina. Te quiero salvaje. Lápiz negro para prolongar tus cejas mínimas, depiladas. Sombra lila en los párpados para resaltar tus ojos oscuros. Labios rojos pronunciados. Lunarcito en la comisura izquierda. No se trata de perder la femineidad, mis muchachas deben lucir como hembras cien por ciento. Un poquito de colorete en tus pómulos levantados, Noemí, y estarás lista. Otra pasadita a las cejas, así, así.

Estás bellísima, Noemí Sandoval, me dice Bibí. Mucho más que cuando te conviertes en Sandro, más seductora para el mismo Emperador que brega por despegarse de tí, de la intimidad de tu cuerpo ardiendo en mi disfraz, y yo también me quemo pensando en ese amor y en el de René. Es la primera vez que te pintan la cara, te apretan los senos y te modelan el anca, para que subas a la tarima no como una cualquiera, para que les gustemos a los malandros, a los drogos y a los obreros que apostarán por mí sin saber que eres tú. Te olvidas de tu nombre Noemí, le estás diciendo a Amelia y al Emperador que Bibí la Invencible está lista y quiere un espejo. Te miras y no te reconoces. Eres Bibí la Invencible sin quejas, sin reclamos. Sabes que los mandatos de ese hombre son antiguos, algo en tu memoria se encandila, pero no puedes recordar poque yo te invado y no dejaré que ni un asomo de nostalgia impida que te transformes en mí, que me habites, que seamos la Invencible.

Partió, antes que el Emperador terminara de dibujar el rostro de su madre, a conocer la tarima de la contienda que se avecinaba. En me-

dio de la cancha de fútbol donde se había levantado el ring, varios curiosos se apiñaban alrededor de un joven de pelo largo —socio del Emperador— que vendía boletos para las apuestas. Cerca, una pequeña carpa multicolor servía de camarín a la Perricholi y en una citroneta destartada su marido esperaba junto a la barra. "Quinta Normal con la Perricholi" decía el cartel que arrastraba un mendigo buscando sitio donde colgarlo. En grupos, los drogos se aproximaban a los parlantes. No era mala la música rock. Quizás verían actos de otro mundo. Dos muchachas fisgaron por la abertura de la tienda a la rival de Noemí Sandoval, la vecina que ahora se llama Bibí, la Invencible de Pudahuel.

Quiso seguir contemplando los pormenores del espectáculo que se armaba, pero el nerviosismo la condujo al basural de la Violeta Parra. Las piernas le temblaban. En el escondrijo de los vagos, se arrellanó en la cama de diarios viejos y le habló al sol, suplicándole que ayudara a su madre. Pensó que podría dormirse cómodamente acunada por el colchón de papeles, mimetizándose con las palabras sueltas, con los titulares inconclusos. Para matar el tiempo leyó noticias añejas, PELVIS PERDIDA EN CASO DE LA DESCUARTIZADA; LOS RESTOS HALLADOS EN LOS HORNOS SON OSAMENTAS HUMANAS; BANDAS DE HUACHOS ASOLAN BOSQUES EN EL SUR. La palabra huacho le quedó resonando. Huachaje enojón. Huachita linda. Huachos sureños, repitió hasta que no encontró sentido a la frase.

La Perricholi brincó al entablado tras los palmoteos de una parte de la concurrencia y los silbidos de la otra. Algunos se burlaron, ridiculizando su diminuto pantalón y el aguayo encendido que la envolvía. Sonido de quenas y charangos acompañaron la voz del Emperador anunciándola. Bibí subió con una estola fucsia, el solo estridente de una guitarra eléctrica se unió a la aclamación de los espectadores locales ante su aparición.

Las luchadoras botan sus capas y el Emperador da la señal que inicia el combate. La Perricholi se empuja sobre la punta de sus pies y dispone las manos agresivamente. Bibí levanta las suyas protegiéndose de un virtual golpe. Se acosan por las esquinas, por el centro de la tarima, sin apartar los ojos, en una danza de reconocimiento y territorio que aburre a los malandros. Ellos quieren ver correr la sangre tal como lo prometiera el gordo de camiseta dorada por el micrófono. Bibí decide embestir primero. Se abalanza pierna en alto a batir el muslo derecho de la Perricholi, que diestramente coge su pierna, haciéndola perder el equilibrio. La Invencible está en el suelo y la Perricholi va a plancharla. La campana pone fin al asalto.

Segundo asalto. Persecución de la Perricholi. Bibí se aprovecha de un descuido, y salta sobre la espalda de su antagonista, mordiéndole el cuello. Un codazo en el estómago la deja sin aliento. Se yergue justo para esquivar el maltrato de la Perricholi en su cabeza y logra asestarle un puñetazo en el abdomen.

Tu cuerpo es sudor en mi cuerpo, nos resbalamos como labios húmedos, golpeándonos después. Y sé que no hay espacio para las dos en este lugar. Una debe morir en brazos de la otra para vengar así una condición maldita, porque la ventaja de esta lucha está más allá de nuestros cuerpos flagelados, en un hueco que hay que llenar con premura. Por eso fustigo tu vientre, allí donde nacerán otras que se pelearán el derecho de sobrevivir en las tarimas, por eso me hieres los senos, para que no nutra con ellos la vida que por obligación tengo que dar cuando algún René aparezca. Esa vida que surge cuando te mechoneo porque quiero que quedes calva, que no tengas ni un poquito más de belleza que yo. Yo soy la reina, la Invencible, el Sandro, y te muerdo. No soportas el dolor de mis dientes incrustados, como no aguanto el desgarrar cuando tus uñas castigan mi espalda. Al fin somos el río de sangre del Emperador, tu cuello, mi espalda, mis manos, tus piernas rasgadas por esta furia que los otros creen que está arreglada, juran que es un teatro que hemos aprendido y no saben que en realidad no lo podemos detener porque es una rabia que nos persigue hace mucho y hoy es reflejo, en esta gresca, de un acto que sólo tú y yo conocemos.

Amelia se alejó del basural con la convicción de que Noemí ganaría la pelea. Entre gritos y vítores la divisó arremeter sobre la extenuada, vencida Perricholi. Todo esfuerzo de la mujer de Quinta Normal por zafarse del dominio de su madre era vano. El marido tiró la toalla. Media hora duró la lucha, pero Amelia la sintió infinita en el cobijo de escombros, espantando moscas, pensando en los huachos, en los huérfanos feroces que vivían en los bosques del sur. Asistió al último asalto y aplaudió a rabiar cuando en Emperador levantó la mano de Noemí en muestra de su indiscutible triunfo.

Mira, cabrito, esta cuestión la supe hace años. Si el catch de hombres les daba cualquier cantidad de bille a los empresarios, ¿te imaginái un catch de mujeres? Sería grito y plata. Ya, tómate otra cervecita y te sigo contando. Esto salió de mi genial cacumen, aquí me lo guardé todo. Hasta mi nombre me lo puse pensando en la idea. ¿Sabís? una vez cayó a mis manos un Rider, ahí leí una historia de chinos, de los generales, no sé, de los que mandaban el buque, ¿cachái? Estos gallos se habían quedado sin soldados, todos habían muerto en una gue-

rra. Ya, salud no más. Se les ocurrió usar a las mujeres de su reino como soldados a estos chinos. Un general tuvo que enseñarles, pero las mujeres se lo pasaban puro riendo, desobedeciendo sus órdenes. Ahí llegó entonces el Emperador para arreglar la situación ¿me estai siguiendo? El fulano empezó a tocar un tambor para que marcharan. No pasó nada, las mujeres iban para todos lados, se mataban de la risa. Aquí viene lo bueno ¿sabís qué hizo este Emperador? agarró un sable y llamó a una, la más revoltosa y le cortó la cabeza de un zuácate. Al ratito estaban todas marchando, de lo más obedientes, al compás del tambor del Emperador. ¿Pidámonos otro metrigo?

El Emperador, así mismo me bauticé yo, de ahí que tenía la idea zangoloteando en el mate. Así pos cabrito, cuando se acabaron los Titanes del Ring todas estas cuestiones se me hicieron claras porque lo único que podría hacer era ir a entrenar cabrones a los gimnasios de barrio. Para morirme de hambre y andar rayando como luchador viejo, nica, me dije. Así que me puse manos a la obra, ahora yo sería el empresario. Partí a buscar mujeres. ¿Veís cómo fue la cosa? fui a cachar mujeres a las mejores comunas, a estudiar quiénes necesitaban espectáculos baratos. Claro pues, los más reventados. No, si yo lo pensé todo, Pedrito, hasta la hora para hacer las peleas ¿no vís que si no uno compite con la tele? Además, me pegué la cachá que ni un poblador iba a ser indiferente, primero iban a querer sapear no más, después se calentarían con las cabras y así es ¿no te hai fijado? Ya tengo mi propio ejército, para seis meses, no está mal. ¡Salud! Y ésta nueva, la Bibí, ésta me va a dar puro oro ¿cómo la encontraí? Yo creo que es harto buena la mina, un poco rara de carácter, pero tiene garra ¿no creís tú? Y tengo planes para más adelante, vamos a ver cabrito, total las Fierrecillas nos mantienen ¿no estarás descontento con el porcentaje por apuestas? Después voy a ampliar el negocio, quizás virarnos a los barrios altos. Pero eso hay que pensarlo muy bien. Allá está la competencia del toples. Ahora, Pedro ¡salud por la Perricholi, por la Sargenta Loca, por la Super Woman y no olvidemos a la Invencible, por mis mujeres que saldrán mil veces al ring de puro miedo a perder la cabeza!

A pesar del ajeteo del día ocupado en ejercicios, abdominales y trotes por la manzana, pese al cansancio de sus muslos, no conseguía dormir. Cuatro noches de insomnio tenían a Noemí agobiada. Le bastaba meterse a la cama, apagar la luz para que la angustia del sueño en que dijo haber asesinado a René, volviera inundándola de miedos.

Estoy en el Negro José, en tinieblas ensayando mi número y aparece René, como siempre, antes de la función. Entra rápido, me inte-

rumpe, quiere decirme algo, pero no le salen las palabras, está mudo. Le digo que no me moleste. Se prenden las luces y otra vez estoy sola en el escenario. René, te busco por todas partes. Escucho pasos y veo a un grupo de hombres con uniformes grises, están enfurecidos. Derriban las sillas, las mesas. Uno me toma muy fuerte del brazo y me pregunta dónde estás. Se ha repletado el Negro José con ésos de traje oscuro. El que los dirige es igual al Emperador, gordo y se cubre con una capa dorada. Me pongo a correr desesperada, salgo a la calle, las piernas ya no me obedecen. En cada esquina los hombres de ese Emperador me esperan, hasta que paralizada le grito al jefe: No está en ningún lado, yo lo maté.

Bibí le aconsejaba que se despreocupara, que más valía abocarse a su tarea de ser la Invencible, que dejara de lado esas penas.

La noche anterior Noemí se vistió de Sandro e invitó a Amelia, a la Raquel para que la aplaudieran. Sentía deseos de bailar, de alegrarse. Cantó hasta quedar extenuada, pero no logró adormecerse porque esas imágenes de René mudo la asaltaron restallantes.

Se paseó por el cuarto, abrió la ventana. Algunos resplandores en las casas de la población, cirios de Amelia, postes inflamados, ausencia que abraza la noche robando fulgor a esa luna menguante, usurpando el dominio de su llama. Luna molestosa que ella no iba a mirar porque su fuego blanco es arrebatador, no deja dormir.

Agua para el desvelo, yerba-luisa, romaza y tallo tierno de lechuga. Untar tres veces los párpados. La Lucinda Queupil lo usaba. Cerró la ventana. Preparó el remedio.

En el sueño un blando veneno se diluye en su cuerpo, lo paraliza. Aprovechando la inmovilidad absoluta la culebra trepa al lecho, se enrosca en el tobillo, roza la cola los dedos del pie. Pelambre amarillo, sol alumbrando su extremidad quieta, muerta.

Se durmió al aclarar. Reposó todo el día y la noche que le siguió. Sólo despertó para cerciorarse si Amelia había cerrado bien la puerta de la calle al llegar del colegio.

Es que le compró ropa a la chiquilla. A mí me regaló una pollera bien bonita. Menos mal que se acordó de uno. Dice la chiquilla que fueron al Persa, lejazos pa' cacharpearse como Dios manda. No se le ha pasado el orgullo a ésa, a pesar que anda cambiada la Noemí. Si mi abuelita la hubiera visto bailando y cantando como ese Sandro que le dice, me hubiera dado un coscacho por estar ahí. Taba bueno que la Amelia no ande más patipelá. Entretenida es que está la pelea, ¡tanto mecho-

nearse Señor mi Dios, las mujeres! ¡y la zalagarda que tenían los hombres! Es atrevida la Noemí, Bibí que hay que decirle ahora.

Tantazo calor hay. Ningún verano más fiero que éste y yo todavía sin vidrios, tengo que preguntarle a ésa dónde es que dejó las banderas del hombre. La chiquilla pasa puro preguntándome por él. Por culpa de las banderas se lo llevaron no más. Todas las noches prenderle velitas, le digo yo —porque la Noemí no tiene ley— descarriada del deber es tu madre. Le voy a cambiar cilantro y albahaca a la chiquilla por velas pa' la abuelita, pa'l Ernesto. No sé pa' qué me acuerdo de él, pa' puro sufrimiento, pa' tentarme el corazón y llorar. De huérfana que a una le pasan las maluras, la tormentura en la vida.

Tanto chiquillo que tuvimos y estar sola otra vez, buscando el ganito sin molestar a nadie. Estará medio lesa la Noemí con tanta pateadura, pero ¡harta platita le llegó! Ni una de aquí usa los vestidos que le compró a la chiquilla y mi pollera es elegante también. Hasta manguera tiene y se bañan a pleno sol las perlas. Mi abuelita me dijo que nunca me lavara con agua fría porque se pasa de hielo y hasta se vuelve loca la persona. Yo le dije a la chiquilla que no hiciera tal de mojarse ahora que le llegó su enfermedad de mujer, que tenía que cuidarse, delicada es esa enfermedad. Ni me escuchó, ya verá su rebeldía cuando sea más grande. ¡Ay! ¿qué será que me da por llorar cuando le prendo velas al Ernesto? Tanto grito que me sale de adentro, no me voy a vaciar nunca de esta tristeza, digo yo.

Segundo domingo de diciembre. El Emperador explicó que la Sargenta Loca venía de Rancagua. Noemí estudió a la rolliza mujer tocada por el gris gorro militar, calzando pesados botines. Supo que debería usar todo su ingenio para derribarla. El aspecto mañoso de sus ojos turbios la intranquilizó, pero Bibí le dijo que no había para qué dejarse llevar por las apariencias.

La barra de la Invencible creció y las apuestas a su triunfo iban en aumento. Había alegría en el público, el trato que hizo el conjunto del Negro José con el Emperador para amenizar el show daba resultados. Amelia se quedó junto a la Raquel, lejos de los malandros, cerca de los drogos para aspirar el dulce olor de los pitillos.

El primer asaltó confirmó la suspicacia de Noemí. La gorda peleaba a la ofensiva y tenía manos de acero, dedos cuyo objetivo eran atravesarle la vista, un solo golpe en el estómago la previno de lo que sería ese índice como dardo trasponiendo sus pupilas. No atacó, esquivó los zarpazos como pudo, saltando, escabulléndose entre las piernas de su rival. Noemí temía la ceguera.

El segundo asalto fue como el anterior, pero en el último minuto la Sargenta castigó con sus manos abiertas los parietales de la Invencible, que se desplomó al instante. En el tercero, Bibí, completamente mareada sólo pensaba en evadirse como un animalito indefenso de la cazadora implacable de Rancagua. Los apostadores sufrían y la expectación reinaba en los pocos seguidores de la Sargenta. El Emperador estaba nervioso, algo arrepentido de haber convocado a la provinciana. Había jugado una buena suma a Noemí. Amelia se acercó a la tarima para dar fuerzas y ayudar con masajes a su madre.

Bibí la Invencible se recuperó en el cuarto, poniendo en práctica la estrategia que le aconsejó el Emperador. Fatigar, aprovechar la escasa agilidad de la Sargenta voluminosa, correteándola y golpeando sus cachetes, pateando su anca. Siempre desde lejos, la Invencible llamaba burlona a su antagonista. La gorda corría furiosa y ella escapaba. A Bibí jamás la derrotarían.

La Invencible ganó por cansancio al décimo asalto. La Sargenta Loca, acezante se tocó con la mano el corazón y con sus ojos turbulentos suplicó al Emperador que terminara la lucha.

En el espejo, rostro abierto, llaga triste. Como fuego amarillo la culebra se asoma, descansa en el labio inferior. Algo que aterra y diferencia a ese semblante. ¿Quién diseña las arrugas y cicatrices, los pómulos altos, las pestañas? Dibuja un lóbulo carnoso y ese ademán retorna la tranquilidad del mundo. Saludo que despierta residuos. El espejo resbala por el cuerpo: tronco de satélite, bruma azabache, volcanes morenos. Bibí acaricia el pezón. El cristal recorre el vientre ¿Hay otro espacio entre la estría y el espejo? El borde configura la maleza ensortijada. Mano detenida en la red vulvar, reflejo de otro labio llano al tacto. Bibí se busca entre fragmentos, en los trozos que el vidrio devuelve. Si hilvana las partes, Noemí remendada se mira con horror. Bibí entonces sutura las instantáneas del pequeño cristal en que Noemí simula ser Sandro, la Invencible, Bibí, la madre de Amelia, el hombre, la mujer de René, la hija de alguien hermana de la Lucinda Queupil, la que sueña con una serpiente.

Noemí: ¿Así soy entera? ¿Esa es la espalda que René besaba? Esa mancha oscura, ¿qué es? Bibí: ¡Deja de mirarte! ahora sólo eres la Invencible, olvídate de los recuerdos. La nostalgia te convertirá en piedra. Unámonos en un abrazo infinito, sé mi porvenir. Noemí: me duele el tobillo Bibí. Me duele la sombra de ése que maté o mataron. Es dudosa la palabra muerte para René, porque mira como lo cabalgo y

me alienta, aquí está su ardor, en el hueco que invento para amarlo. Bibí: te confundes, eres cabalgada por mí. Soy yo la que te derramo ¿por qué me niegas? Noemí: cuando soy Sandro no sufro esta congoja, él se va. Me dejaba a solas con René. Pero Bibí es como René, me presiona a dejar mis propios pensamientos. El tampoco quería preguntas, ni siquiera escuchar de dónde me trajo la Lucinda Queupil. Ser Sandro es una mentira alegre, un pequeño engaño a los que desean verme ser él. René decía que no teníamos que saber nada uno del otro, apenas los nombres. Así fue el compromiso y por eso no pude responder a los que se lo llevaron ¿cómo les iba a decir que René los ojos de miel, el miembro rosa, su olor en mí, ¿el padre de Amelia? Para el Emperador, la Invencible; para Bibí, la Invencible. Y yo sin poder dormir o durmiendo para soñar con luna hembra ¿qué cosas pienso? Luna hembra, color negro pide la lluvia, bandera azul, blanco para la frente, menguante cuando no baja la sangre, llena pide niño varón. Ñelai Kiyén, ñelai kutran kiyén.

—Te vengo a proponer un negocio brillante, querida Bibí, ¡salir de gira! ¿te imaginai? Las Fierrecillas del ring conquistando el litoral central. El billete está escaso en Santiago, se va a los balnearios. ¿No ves que aunque sea por unos días todos tienen que poder decir que salieron de veraneo? —El Emperador, agitado masca sus uñas y contagia a Bibí la excitación de la nueva propuesta.

—¿Irámos fuera de Santiago a pelear en otros lugares?

—Te aseguro, Bibí que será mejor allá. Partimos a Cartagena, a la Playa Grande y quién sabe, tal vez podamos hacer el show en otro lado, donde los ricachones y ganar mucho, mucho dinero. Sé que va a resultar ¿te gusta la idea Bibí, mi mujercita Invencible?

—Claro que me gusta le idea, para eso soy tu mejor luchadora, Emperador, que no pagas lo estipulado, pero que cumples religiosamente después de cada pelea con una cantidad suficiente. Total, Amelia no exige mucho y las dos podemos subsistir con estas mínimas ganancias. Ignoramos todo del mar. Más allá de la Violeta Parra, de la Quinta Normal, el sonido de las olas será una melodía más delicada que muchas de las canciones de amor que conozco. Avísame cuándo y estoy lista, Emperador.

Debe ser un enorme vaso de agua. De él voy a beber, piensa Amelia. Tal como aparece en la tele, es una inundación gigante. Allá encontraré a la mujer en su isla y me explicará lo que ocurrió en mi pelo.

Porque en mi sueño nadé hasta tu isla tal como me lo indicaron los patos silvestres. Sentada en la piedra ocultaste la mitad de tu cuerpo en el agua. Me llamaste para lavarme el pelo. Después me creció hasta la cintura y cuando mi mamá me lo cortó, de las puntas salía sangre, inconfundible ese líquido rojo que nacía de cada mechón. Siente pesar imaginando que el mar será un enemigo, que no la dejará llegar hasta la isla. Leyó en un libro que suben y bajan las aguas para formar las olas, algunas enormes. Mareas que pueden impedir alcanzar a la mujer. Otra vez ha venido el tiempo de la escurrida. Ahora sin miedo y sin dolor repite el gesto que Noemí le enseñara. Resignada a esa culpa lava los paños y ve cruzar los patos silvestres en dirección al sur, allá donde los bosques esconden huachos, rumbo al río, tal vez hacia el camino del mar.

Bibí no supo explicarle, no lo conoce. En el colegio iban a decir que era invento, pero ella descubriría los secretos de ese mar-madre, marmanto que esconde la tierra con agua inmensa. Los paños suspendidos del alambre oxidado constatan las señales mensuales, los visos que los enjuagues no borran. Se le figuran alas manchadas esas toallas. En el patio Bibí la observa colgar uno a uno los fieltros y, cuando termina, la llama para decirle que partirán la otra semana. Amelia reconoce con dificultad la voz de Noemí y le sorprende el rictus exagerado de su boca cuando pronuncia su nombre. Tiene la sensación de que otra persona es la que habla a través de ella, pero no quiere detenerse en su extrañeza. La alegría del viaje a la Playa Grande desborda su fantasía, le basta para ensoñarse, para vivir.

Hasta aquí mismito vino la micro pa' llevarse a esas dos no sé a qué bendito lugar. La Noemí me encargó de cuidarle la rancho, no vaya a ser cosa que se la tomen esos andantes que vienen a veces por acá. El guatón estaba más contento, de beso es que la saludó a ésa y ella más empingorotada subió y apenas se despidió de mí. Claro es que a una la mira por más inferior, pero igualito tiene que pagarme todo, la chiquilla también, que le tengo que cuidar sus plantas, sus entierros, prender las velitas al finado ¡cuánta cosa pa' una que está vieja! Pero mi abuelita decía que había que convivirse con los vecinos, nunca andar con egoísmo. Con esa platita que me adelantó ahora sí que voy a tener mis vidriecitos. Tantos monos que llevaban arriba de la micro, bueno que iba tantaza gente, esa gorda que peleó con la Noemí y que casi la mató era puro reírse, no sé cuántos irían en la góndola. Voy a aprovechar de robarle unas patillas de esas clavelinas fragantes que tiene la Amelia y

voy a decirles a los cabros que si quieren manguerearse les cobro tres pesitos. Ahora que el Martínez sacó tele ya casi no vienen aquí, son - más engreídos, yo hasta dulcecitos les convidaba. Destino de la huérfana no más, digo yo. Para qué voy a negar que no me dio envidia que ésas salieran. La suertecita que se gastan pero a mí nadie me dice que ese guatón no las explota, siendo apatroná' la mujer se sufre, eso lo sé yo y mi abuelita que hartó se martirizó por criarme a mí. Y aquí hay muchas que se lo pasan puro viendo la comedia. Voy a mojar todos los días la tierrita para que no hostigue tanto el sol. Capaz que hasta encuentre las banderas del hombre entre las pilchas de ésas y arregle mi ranchita como Dios manda a una que es humana. La Noemí ni se debe acordar de esos géneros rojos que el finado le regalaba a cuanto tirillento andaba revolviéndolas pa' tener sitio. Bonitas quedarán las cortinas y a las de atrás se las va a comer la rabia cuando vean mis elegancias. Lo que pasa es que la Noemí no se hace a la idea que al hombre se lo asesinaron como a tantos de aquí para la huelga, si yo vi que igualito se los llevaban y nunca más aparecían. La chiquilla es más viva que su madre y se da cuenta. Todavía quedan de ésas que andan por toditos lados preguntando por sus hombres. El Ernesto se fue de mi lado por enfermo, calamidad mía, suerte que he criado yo, no lo quiero llorar más. No sé por qué las lágrimas nunca se terminan. Cosas de mi Dios.

Quién sabe cómo irán ahora ésas dos, quizás cuántas horas se demorarán. Porque una que nunca salió pa' fuera ni se imagina como será ese mundo donde van.

Vigilas a tus mujeres, Emperador. Ni Amelia, ni la hija de la Perricholi escapan a tu mirada. Recorriendo el pasillo ejerces la inspección, me preguntas si tengo calor. Dices que bajaremos en Melipilla a tomar refrescos. La Sargenta Loca me habla al oído, ahora que te alejas hacia el chofer, para saber si me quiero ver la suerte, que ella me puede tirar los naipes una vez que estemos solas en la playa Grande. Le propone lo mismo a la Super Woman sentada atrás. Hermoso pelo rojo de la Woman. La Sargenta se complica con tu enorme mano en su hombro. Me guiñas el ojo, me lanzas un beso, pero me niego a ser cómplice de tus arrumacos, te vas con mi desprecio donde Amelia, acaricias su cabello y le ofreces un Cri-Cri. Te das vuelta y sabes que espío tu ánimo ladino, tu pasión rancia.

Lenta travesía, la micro avanza por la carretera como una crisálida a punto de parirse. La ávida atención de Amelia retiene sombras de letreros y árboles, memoriza nombres y signos, distingue pájaros.

La hija de la Perricholi, sentada a su lado, le cuenta que su padre severo y celoso la mandó con su mamá para que olvide a su novio, al amor de su vida; pero que apenas arriben a la costa se va a arrancar porque lo adora locamente y no puede vivir sin él, ella lo tiene todo pensado, si hasta plata le dio él para que volviera a su lado. La muchacha le presta una revista vieja y manoseada de las tantas que lleva en su bolso para que Amelia pase el tiempo tan latoso de ese trayecto interminable. No sabe que yo detengo el tiempo en "Aquí yace el finado Ñato y demás animitas". Tanta gente ánima, quizás la mujer de la isla es ánima que llora y se enciende velas. Yo ánima de casita celeste. Anima el chofer rodeado de santos. Porfiadas gentes ánima besuqueando la vida. Huachos ánima. Tiempo que apresuro en Leyda, que alargo en la entrada de esa casa lujosa habitada por fantasmas que no conozco. Ojea la fotonovela: el cuadro de una mansión, monólogo de un hombre con corbata, semblante angustiado de una mujer. La misma mujer en traje de noche conversa con el de la corbata, el hombre bebe. Una fiesta con muchas mujeres en traje de noche y hombres de corbata. Hombre golpea mujer. Mujer a los pies del hombre. Un hombre sin corbata observa por el ventanal a la mujer llorando. Hombres pelean. Muere el de la corbata. La mujer abraza al asesino. Caminan enlazados por la cintura de espaldas a la mansión. Amelia suspira, entrega a la hija de la Perricholi su revista y piensa que tal vez su compañera de asiento sea protagonista de una historia de amor tan triste como esa que terminaba de leer.

Aunque me pague la cerveza y me regale margaritas y empolvados seguiré haciéndome la lesa con él. Amelia quiere que le responda qué es eso de ser una mujer hecha y derecha. Sangre irrenunciable. A tí, Bibí, nada de eso te importa, ni este tobillo que me molesta, te digo que me mordió fuerte la culebra. Para desviar el tema me pides que no deje a la Sargenta vernos la suerte. Desea conocer mis secretos de Invencible y lo más seguro es que esté coludida con el Emperador. Amelia, insites en eso que ni yo misma entiendo. Luna maldadosa. Es insuficiente para tí escucharme decir: es simple, fecundarás. Te desconcierta que ser hombre es ser Sandro, ser Bibí la Invencible mordida de culebra, ser luna para apestar, Noemí Sandoval, sobrina de la Lucinda; Amelia, concebida de René. Ser revuelta. Así es que no impongas tus dudas sobre las mías y prosigamos en silencio rumbo al mar que ya no estará lejos. El color del mundo ha cambiado desde que aparecieron esos árboles grandes y la tierra se ha vuelto rojiza como el bonito pelo de la Woman.

La micro se detuvo en la Playa Grande. Al bajar, Amelia aspiró el olor a sal y algas. Bibí la Invencible contempló en el borde del mar a los niños formando una larga chaquira mecida cardíacamente. Se estremeció al ritmo de esa pulsión. Muy rápido bajaron los bultos, las maletas, las mochilas. Amelia llevó al hombro cajas de conservas, de fideos, sin importarle el peso. Quería coger todo, risas y bocinazos, el golpeteo de las olas, el aroma de las frituras, el denso aire del mar y los balones eclipsando el sol.

La caravana del Emperador descendió por las gradas, atravesando lentamente esa frontera que el cemento funda entre el balneario y la arena. Los veraneantes adormecidos, los que se bronceaban y hasta los que jugaban, abrieron camino al grupo. En unos instantes, el espacio, el territorio donde se alzarán su toldos queda despejado. Un ademán del Emperador bastó para el obediente desalojo, para formar una periferia curiosa que al rato ya estaba ayudando a descargar hatos y a construir una muralla de bolsas y frazadas.

Levantaron una tienda primero, la del Emperador y su socio. En torno a ella, pequeñas carpas, albergues de las luchadoras. Para nosotras la azul, pidió Amelia. La azul junto a la amarilla que usará la Sargenta, le parece que lejos de la turquesa del jefe y más cerca del mar. La toldería multicolor ocupó la atención de los que acampaban en las inmediaciones.

—No, no son gitanos.

—¿Qué son?

—Parece que artistas.

—Qué bonita la negrita.

—Qué gorda la gorda con gorro de milico.

Flamearon las telas con el viento de la tarde, se plasmaron dominios verdes, anaranjados, colgaron lámparas. Las habitaciones del Emperador se instalaron iluminando el villorrio de fieltro que se extiende en miles de laberintos por la Playa Grande.

Amelia pies descalzos en la arena tibia, frente al océano, restituye el Oeste donde el sol es devorado por la boca húmeda. Preña su cuerpo la calidez de la tierra desgranada. Pies náufragos en el enjambre que ve consumirse al astro. La isla que sueña hilvana los últimos reflejos en las aguas, está aproximándose a ella, pero Bibí le ruega que se levante del cajón de manzanas.

—Ya se hace tarde y tenemos que arreglar nuestra carpa azul que es la única que aún no enciende sus luces, para que después comamos algo y durmamos, estoy rendida.

Zigzagueando alcanzan la orilla. Se desvisten con calma. Los miembros tiritan cada vez que la espuma helada los roza. Caminan tomadas de la mano hacia el centro del mar. Me asusta su rugido. No tengas temor del mar madre. Mar ola grande como cordillera. No vengas con gritos, tenemos que demostrarle que ya lo conocíamos. No sueltes mi mano. Mar que me tragará igual que al sol, tiene hambre, por eso brama. Afirmémosnos en esta roca para que no nos venza. Mira que es fácil. Me encanta cuando pasa entre las piernas, me dan ganar de orinar. Ojalá que nadie venga a bañarse y podamos entregarnos al vaivén de estas olas que dibujan aros blancos en nuestra cintura. Que nadie interrumpa este abrazo, el caliente enlace de mi cuerpo con las algas, el cabello de la mujer isla, el pelo del mar grande, apretando dulcemente nuestros labios.

Las luchadoras deben prepararse para que el Emperador inicie pronto el show en la Playa Grande de Cartagena. Cada una ha elegido su propio lugar de entrenamiento, acatando la estrategia del jefe que convencido de que la buena distancia de sus mujeres evitará secretos e intrigas entre ellas, posibles conspiraciones. Las instrucciones son precisas: partirán con la salida cronometrada a trotar, sin detenerse, respirando hondo, botando hasta el último suspiro atragantado.

Bibí emprende el camino Norte, rumbo a San Sebastián. Tras ella, Amelia se entretiene recolectando huesos sumergidos en el agua, trozos de vidrio pulido, envoltorios de cigarrillos que acumula cuidadosamente en una bolsa de malla. Poco a poco, sus recogidas se van especializando: de las dunas también emergen brazos de muñecas, torsos, dedos. Con un palo escarba y libera de su sepulcro cuerpos de títeres, caras de dormilonas. Cinco cabezas, dos calvas y las restantes de rizos amarillos, de trenzas impecables. Las peladas son como la Sargenta I oca.

Muertos despojos que revivo, no me gusta que permanezcan en esta nada que las rodea, sin velas, sin deudo que las recuerde como yo hago con mis mariposas y la Raquel con sus finados. Muñecas fallecidas quizás cuánto tiempo. Esta orejita debe pertenecer a esta cabeza sin pelos. Voy a guardar este cuerpo roto de porcelana, tal vez una de las cabezas le sirva y así vivirá de nuevo. Muñeca patizamba, muñeco tuer-to, pequeña niña manca, pie sin dedos, labios rojos, ojitos ciegos.

—Oye, yo encontré una mano de esa muñeca grande que hay en tu bolso.

Amelia se incorpora anta la tímida voz que la interpela tras la

duna. Una muchacha de su edad, largas trenzas, rostro cobrizo, le tiende una mano de plástico rosado.

—No creo que sea de ella, la grande es de trapo, pero igual la voy a llevar. ¿Quieres recoger conmigo?

Emprenden juntas la recolección, excavando, horadando palmo a palmo las dunas, recuperando desperdicios, develando la forma original de los misteriosos fragmentos que aparecían, alegres compartiendo y distribuyéndose los hallazgos.

—¿Cómo te llamas?

—Maura.

—Mira, ésa que está corriendo allá es mi mamá, es luchadora. ¿Quieres quedarte con estas tapas de Coca-Cola?

—Me gusta esta vaso trizado, se puede echar azúcar, mi mamá dice que todo sirve.

—La mía no, porque cree que si uno junta cosas se puede poner loca como la Raquel que tiene puros cachivaches en su casa. ¿De dónde eres?

—Soy nacida del sur, pero ahora vivo en Santiago. ¿Conoces Maipú?

—No. ¿Eres del sur donde están esos huachos que dicen?

—No los conozco, mi mamá puede saber, a ella le preguntas mejor.

Bibí llegó acezante hasta las dunas en que conversaban Amelia y Maura. Se tendió en la arena. Las dos muchachas la imitaron. Al poco rato que hubo cerrado sus ojos, el sonido de una radio anuló el único incesante ritmo de las olas. Se levantó, afirmada en un codo y percibió el despliegue de una caravana de veraneantes portando toallas, termos y paquetes, aposentándose, cubriendo rápidamente la vasta playa de quitasoles remendados y paraguas viejos.

—Ya es hora de irse —les dice a sus compañeras, echándose otra vez de espaldas. —Debe ser tarde —negando con sus gestos lo imperativo de sus palabras, convencida de que ese recodo es ajeno a la orden del Emperador, oculto a sus anteojos largavista. Ese grupo que se instaló a pocos metros se interpondrá en su poderoso lente y así él la confundirá con esa mujer de buzo oscuro que brinca a la orilla del mar tal como lo hace ella.

II

El toldo de Bibí la Invencible encanta a María Cariqueo.

—Color de la tierra del cielo, azulita toda parte, así me lo he soñado —le dijo a Maura.

Amasaban juntas la harina para las sopaipillas que algunos veraneantes les compraban en las mañanas. La olla negra colgaba de un alambre a poca distancia del fogón que habían improvisado en su carpa de pontros.

—Mama, me saludé con la hija de la dueña de ésa azulita, traje vasos, muchas cosas encontré en la arena.

—Hágalo con cuidado cuando encuentres por ahí, en veces son pagos de los muertos ¿de qué tierra vienen esas gentes mujeres?

—No sé mamá, pero pelean, ése es su trabajo.

—Convídela a su amiga, dile que traiga su conversa.

Por la abertura del ruco vieron al Emperador anotando algo en un cuaderno cada vez que regresaba una de las luchadoras. Percibieron su irritación al arribar la última, esa mujer gorda que arrodillada y con la cabeza gacha llegó hasta él.

María Cariqueo probó con un bolo de masa si la manteca estaba a punto para freir y le comentó a su hija:

—Lo están extraviando a esas gentes, su compañía se sufre. Maura, vea tú cómo se humilla la mujer.

Se limpió las manos en el delantal floreado y salió a escuchar lo que hablaban. Las voces del Emperador y de la Sargenta se perdían entre las estridentes canciones de las radio-cassettes y las exclamaciones de los que jugaban paleta-pelota. Sólo alcanzó a oír que el Emperador gritaba a la gorda ¡zorra, pitonisa!

La Sargenta entró con los ojos llorosos a la carpa de la Bibí, se tendió sobre el camastro, sacó del bolsillo de su buzo un paquete de Life y le ofreció a Bibí. Aspiraba profundo y botaba el humo con fuerza, hasta provocar una brasa candescente.

—Sé que apenas empiece con ganancias él me va a cobrar un tanto por ciento. No da puntada sin hilo, ése es su negocio, estrujarnos, sacarnos hasta el alma, el muy asqueroso. Bueno, apurémonos, te voy a tirar las cartas Bibí, no te voy a cobrar mucho, pero algo tienes que darme, es una cábala.

Bibí apagó su cigarrillo en la arena y negó con el índice la proposición de la mujer.

—No quiero acordarme de nada y tampoco conocer el futuro y no insistas porque está decidido. Además, si el Emperador sospecha que estamos juntas comenzará a molestarnos, así es que ándate rapidito a tu carpa.

—¡Qué me importa! —La Sargenta se sentó y cruzó sus piernas. No le aguantaré más y tú no te hagas la astuta, Bibí, que te puede pasar lo que a la Perricholi con su hija. El Emperador la mandó retobada a Santiago.

—¡Ah! porque ésa no supo colocar en su lugar al Emperador, Amelia es distinta.

—No tengo fuerzas para pelear, estoy vieja, Bibí ¿No te das cuenta de que troto diez minutos y estoy rendida? Pero no me voy a ir así no más, juntaré unos pesitos para volver a Rancagua ¿Qué te cuesta ayudarme un poco?

La enorme silueta que se acercaba dijo ¿Se puede? ¿Molesto? y descorrió la cortina de nylon celeste que hacía de puerta. En la mano izquierda sostenía varias sopaipillas envueltas en servilletas de papel, les dió dos a cada una.

—Frías son malas —Mordisquea el Emperador las suyas y se arrellana al lado de la Sargenta. —Así es que cuchicheando —¿Por qué no le cuentan a su manager en qué estaban, corazoncitos? —Descansa su gruesa humanidad en el hombro de la Sargenta y ordena —No las quiero ver juntas. Tú mejor dedícate a ver la suerte en otro lado y no malees a mi chiquilla invencible.

La Sargenta dejó una sopaipilla fría en la caja de cartón que hacía de velador y se marchó.

Ansías desnudar a Bibí y te sonrío jugueteando con los cordones de mis zapatillas. El buzo me sofoca, quiero ir al mar, que el agua enfríe mi cuerpo que jamás será tuyo, Emperador. Bibí es de René, el único que suda miel y puede ser mujer y hombre y la Noemí cuando estaba con él era Sandro y a veces yo. No te hagas ninguna ilusión porque si acepto sentarme a tu lado es para que confíes y no me reproches

si llego más tarde de los entrenamientos, y si la luna me quita fuerzas no me exijas ganar. No ves la culebra que atrapa mi lengua y se come los restos de masa que quedan en mi paladar, no ves que Noemí me acaricia el muslo, no sabes que somos dos contra tí, que la que dice bueno a tu invitación a pasear es ella y que soy yo la que evito tu pierna rozándonos la rodilla. Crees manejarnos en tu deseo, en tu ávida petición, y cuando nos levantamos para sacar un cigarro del paquete que olvidó la Sargenta, eres tú el que no puede decir que no, convencido de que Bibí abrirá sus piernas uno de estos días para aceptar tu baba de cuerpo que no despierta ni una miserable sensación, comparado al de René que nos mordía, que apretaba su pecho contra el del Sandro para que después Noemí lo cautivara con un beso en el rosa ardido y Bibí suspirara con él convertido en ella. Infinito el amor de René y tú mintiéndome su muerte en el sueño y hasta en eso te equivocaste porque yo lo maté sin darme cuenta y eres incapaz de imaginar que el Sandro mueve las caderas mucho más exagerado de lo que te parece lo haría Noemí bajo tu peso, ni conocerás jamás lo que ese muerto hizo en mí.

Amelia contempla sorprendida como María Cariqueo hirvió su ramo de quintral de maqui con hojas de canelo y lavó cuidadosamente su piel con esa infusión de aromas densos. Maura imita la limpieza y la integra a ella, frotando el líquido por sus brazos y espalda. María Cariqueo les habla en un idioma que Amelia desconoce y que su amiga le traduce:

—De todo peligro, inmundicia, protege esta planta que el viejo Dios y la vieja Dios han dejado. Mucho malo espíritu anda rondando este país que nos vive. Eso dice mi mama. Dice también que mucha sabandija exterminio quieren hacer mal a las gentes, pero que el dueño y la dueña de lo alto lo está viendo y dejando el buen conocimiento en ella que tiene espíritu de machi, que los ha visto a los dioses y por eso sabe que de mucho peligro hay que librarse, que vino ese hombre grande a comprar alimento y se lo soñó con maldad. Varios de esos extraían por el país, mundo y planeta. Ese es el habla que nos da mi mama.

Amelia se acordó de la Raquel ¿habrá prendido las velas? La mamá de la Maura es una ánima-meica manipulando la olla de remedios. Suaves movimientos por la estrecha carpa, pies descalzos que apenas rozan la arena, algo en su rostro invita a la confianza, quizás sus arrugas, quizás el blanco pelo trenzado con lanas de colores. O tal vez ese tono bajo de su voz, como hablando para adentro. La ánima-anciana me acurruca sin siquiera tocarme.

Sentadas en torno al pequeño lar, Amelia le contó a la Cariqueo su sueño de la isla con mujer.

—Buena seña, ésa es la chumpai que te anduvo visitando, la reina de los ríos y del mar —le dijo Maura— Quiere decir que ya no eres niña chica.

—La llamó la chumpai. Te vas a cuidar mucho ahora, no te dejes engañar. Eso le dijo en el sueño, como aviso es esa chumpai, agregó María Cariqueo.

Que me cuide ¿de qué ánima antigua? Será de mi pelo para que no me salga sangre. La Maura y su mamá me acogen, me quieren y a mí me gusta estar entre estas mantas y cueros que usan para dormir, me divierto hurgando sus pertenencias, tocando los cochayuyos y cruces de palqui que cuelgan para protegerse, me agrada este permanente fuego encendido y el olor a sahumero. La Raquel debería conocerlas, bueno que está tan loca a veces que ni se le puede hablar. ¿Qué será lo que guarda la mamá de la Maura bajo ese chal azul-negro? Le pregunto si conoce a los huachos y el ánima-meica me dice que de oídas, niños huérfanos, hombres sin trabajo, jóvenes que se han ido al sur para no morir en las ciudades donde vagan como espíritus en pena. Qué bonitos son los aros del ánima-señora, de pura plata, regalo de su abuela.

Partieron a decirle a Bibí que se irían a bañar, pero la carpa azul estaba vacía. La Super Woman les informó que la Invencible había salido recién con el Emperador. Esquivando familias y grupos de niños, agachándose cada vez que una pelota zumbaba, lograron avanzar hasta la orilla, ahí donde se formaba un biombo humano de contención a las olas, límite que cruzaron con dificultad para alcanzar la calma del mar. Casi no podían nadar, una brazada y sentir el codo de un hombre, sumergirse y evitar las piernas de otro, salir del agua y enfrentarse a la espalda de una mujer gorda. Amelia persigue a una bañista creyendo que es Maura y se zambulle para ganarle. Cuando emerge ve brillar los dientes blancos de un muchacho de tez bronceada. Busca a Maura flotando alrededor del desconocido. El joven le propone una carrera hasta las rocas.

Nado tras él en mi sueño de la isla, los patos gaviotas dibujan con su vuelo la ruta hacia la mujer chumpai. La isla se puebla de resplandores, me crece el pelo hasta alcanzar mis pies. Nos tendemos a tomar el sol. Mi cabello alga cubre parte de este territorio y cuelga hacia las aguas. La espuma lo humedece. El frota con sus dos manos eso que tiene entre las piernas y que oculta su pantalón de baño. Coge ahora

mis manos y me pide que imite sus caricias, rozo con mi palma eso erguido y caliente que ha preparado para mí. Busca suavemente si yo poseo lo mismo, levanta el nylon de mi traje de baño, explora con sus dedos y encuentra la boca de fuego donde se anida el castigo de la luna. Burbuja tórrida, soy el mar madre, continente caluroso del que se hunde en la oquedad de la luna, de eso penetrante que me estremece y como mar manto lo cubro de sonrisas uncidas por la espuma, de líquidos que él bebe sediento, empapando su rostro, humedeciendo su cuerpo. Se arrodilla ante mí y levanta mis caderas, siento que me abro, que me parto, que me rompo dulcemente y le susurro al oído que estoy anegada de olas; pero él sólo escucha los rumores de la tierra profunda del mar madre que soy, el agua-sangre mancha la isla, tiñe el océano brotando de las algas, captura su carne, inunda al cielo.

Miguel aloja en la Estrella, ese caserón amarillo ocre, frente a la bajada principal de la Playa Grande, le cuenta Amelia a Maura que la esperó pacientemente.

—Es técnico eléctrico y trabaja en una casa de baile, me convidó mañana en la noche. Excitada, fue todo el camino narrándole a Maura que Miguel controla las luces, que tiene un collar de mostacillas, que está con sus padres y un hermano en esa pensión. —¿te imaginas cómo será dormir en esa casa? Dice que les dan desayuno y almuerzo.

Se separaron en el ruco de pontros. La madre de Maura la invitó a tomar una taza de té con tortillas, pero no aceptó. Recibió el pan y fue hasta su carpa. Se sentía mareada, fascinada, el cuerpo aún ardiendo, los senos hinchados, los labios abrasados. Recostándose en la cama, evocó el sendero hacia la isla de la chumpai. Se imaginó que Miguel seguía ahí, nadó aún más rápido para recuperar eso que a él le crecía bajo el pantalón de baño.

—¿Te dai cuenta, Pedro, que soy el más poderoso? El Emperador infla el pecho y levanta el mentón. Bibí va entre él y su socio. Caminan por la interminable terraza, rozándose con las pieles inflamadas de los veraneantes, junto al mar y las piedras un desfile de lentos cuerpos en traje de baño, las olas salpicando, el juego repetitivo del mar y los chillidos de las mujeres cuando su golpe es terrible y se eleva hasta chocar con la terraza.

—A la Sargenta ya le bajé los humos, ¿viste cómo dejé a la Woman haciéndonos la comida? A la Perricholi me la jodí con un puro grito y le mandé la hija a Santiago, la negra bajó los ojos no más. A tí,

chicuelita málula, te mimo porque eres la Invencible, ¿no te parece, Pedrito?

Bibí, te haces la que no oyes, no quieres ser parte de esa complicidad que propone el Emperador, aprovechas este recreo para conocer la terraza que termina en la Playa Chica y de ahí podrás llegar al centro, a la plaza. Te sientes agobiada de humanidad, la música que emerge de las boites que recién se abren te llenan de nostalgia, esas luces que se prenden en el atardecer de Cartagena van encendiendo tus pupilas.

—La Virgen de los Suspiros, no seas malito, Emperador, déjame subir a ver esa imagen, espérame, que vuelvo.

Ascender entre la multitud que ofrenda sus velas, entre los que solamente quieren dar una mirada al mar desde la Virgen que suspira y abajo el agua metiéndose en las entrañas de la mujer-madre que orina. Adherida a los cuerpos de los otros llego hasta tí. Bibí, arrodíllate porque Noemí va a rezar a la señora para que la culebra no me gane y esa luna nueva no se burle de nosotras. Madrecita, que la culebra sale de la luna y me deja sin fuerzas para ser invencible. Virgen suspirante, escucha mi ruego, aplaca la frialdad del animal que reptaba en mis sueños. Noemí tienes que levantarte, hay una fila de personas que desean ver el rostro de la Madre. Me incorporo y el peso suave de un anciano hace volver mi cabeza hacia tí. Madrecita, este viejo me presiona para abandonarte. Lo último que te pido es que me cuides y que no dejes que me venzan el domingo. El abuelo impide que me vaya. Bibí le da un empujón, pero el viejo responde apretujándome a tu cuerpo de yeso ¿Eres tú la que anhelas tenernos prisioneros entre tu amor y el mar? Nadie se mueve de tu lado, la pareja de adelante se ha quedado petrificada y los nietos del abuelo retienen a los que claman desde abajo que nos apuremos. El viejo me dice que las ampolletas que te coronan son los ojos de Dios. Me enoja Bibí porque su voz es un resuello que frota mi oreja. Los ojos que alumbran a la Madre eterna, continúa el anciano. No le digas a Bibí que es un estúpido, tenemos que deshacernos de él. Mira al Emperador que nos grita que nos aburramos de estar aquí y enarbola esa botella vacía de Martini como un arma potente. Que espere nomás. No haremos ningún intento de apurar la fila para llegar más rápido ¿qué se cree? no me deja tiempo ni para rezar, me ahogas, Emperador de mierda. La luna es un diente de Dios, blanco molar que nos dio la Virgen, divaga el viejo y me estrecha con fuerza hacia tu vientre helado, es como si quisiera que entráramos los dos en tí, eso debe pretender este viejo roñoso. No, no es cierto que está sacando su verga del marrueco manchado. Anciano de porquería, Bibí recogerá amorosamente

tu carne vieja y la hará nacer para comérsela y dársela a la Virgen de los Suspiros que está hambrienta. Le digo al abuelo que se deje de leseras y me contesta que las cosas de Dios no son pura vanidad. Coge su miembro y lo frota en mis nalgas. Nos va a ensuciar la ropa, Madrecita Inmaculada, este anciano leproso y devoto. Virgencita, tú sabes cómo arreglártelas en estos casos para quedar siempre limpia, sálvanos porque el Emperador está subiendo enojado y tus fieles le abren camino, lava con tu mar la sombra que el abuelo nos ha dejado entre las piernas. Noemí, bajemos corriendo por este costado y riámonos del Emperador atrapado por la Virgen y el viejo que grita enloquecido que la Madre infinita ha hecho un milagro.

—Bibí, traviesa, ¿por qué te quedaste tanto rato donde la Virgen?
¿No me digas que crees en milagros?

—No, creo nada más que en la luna.

—Estás medio rarita tú chiquilla. Vamos a comprar trago mejor para que celebremos el comienzo de nuestro show en Cartagena.

Desde la torre del castillo Silvia Munizaga ha visto como esa mujer morena de cabello azabache trepó hasta la Virgen. Se sonrió cuando el hombre gordo pellizcó su trasero. Ya no tenía dudas que eran ellos los que habitaban las tiendas de colores de la Playa Grande. Los observó perderse por la curva de Los Suspiros, allí donde la gente se arrima a la roca para evitar que el estallido los salpique y donde también buscan mojarse y estrellarse a la dureza de la piedra. Juegos a los que ella ha asistido durante un tiempo que no contabiliza, tardes enteras que ha pasado mirando el juego del grito y el placer de la huída. Juegos de las ratas, piensa desde la torre y su mirada descansa en el desagüe que hace de límite entre la Playa Grande y la Chica, frontera que oculta el excremento de la ciudad, resumidero del mar. Le gusta la diferencia que surge todos los veranos, el balneario construido de material duro, enormes mansiones destruidas, la huella del imaginario de algunas familias; abajo, el crecimiento de una ciudad de paño, provisoria, las carpas levantadas con frazadas y plásticos, el paso leve de esas familias que construyen sus vacaciones en el campamento de fieltro y que al marchar dejan huellas precarias que las gaviotas borran sin dificultad. Esa sensación de lo duro y lo blando la embarga de alegría a principios de enero, luego la atosiga y por eso no baja a la playa, ni siquiera sale de compras, se encierra en la torre y desde ahí controla el devenir de los días. Pero la llegada de esos que armaron carpas como de circo le produjo curiosidad, la belleza de los géneros refulgendo, bailando, un gesto

de nómades, la respuesta del color. Tanta es su expectación que piensa bajar y acercarse a los de esas tiendas, sobre todo porque hoy día se siente muy sola y tiene deseos de una intimidad, de un abrazo con los de abajo, con esos que se tuestan por horas y permanecen de la noche a la mañana al aire libre, con éstos que están hinchados de ampollas y aman el sol como ella ama y odia sus carpas, sus ruidos, sus costumbres. Entró a su dormitorio y buscó en el ropero una tenida. Se probó unos pantalones blancos con una blusa camisera celeste, se sintió demasiado tenue. Decidió ponerse al fin, una túnica verde con dibujos de pájaros bordados en hilo negro brillante.

Mirándose al espejo se encontró encantadoramente preparada para cautivar a los de la tienda multicolor, sus ojos claros, su tez blanca, su figura delgada resaltaban con el verde del traje. Al cerrar la reja del castillo dijo en voz alta: no te preocupes tío, tú creíste en los de abajo y por eso te mataron, yo no creo en ellos y no me pasará nada.

Amelia la obligó a ir a la carpa de pontros de María Cariqueo y de Maura. En el trayecto le contó de Miguel, de la invitación que le había hecho para mañana en la noche. Noemí estuvo de acuerdo y le prometió conseguir con la Woman, que era la que mejor se vestía, alguna ropa. Al entrar, Noemí se fijó que el chonchón ardía sobre una lata de Nescafé y aspiró el fuerte aroma del sahumerio que se quemaba en el fogón.

—Ganas que tenía de conocerla a tí, la Amelia ya es amiga de mi hija y usted que eres su madre también serás amiga de nosotros. Prepara el mate chiquilla, pa' darle a las visitas.

Bibí percibe el ruido del mar que allá afuera brama y golpea la orilla. Sumiéndose en la penumbra del ruco, en este territorio que María Cariqueo aísla, decide olvidar los ecos de las aguas y los rumores de los veraneantes. Porque donde está, sólo parece cobrar existencia la mirada investigadora de la vieja de pelo blanco, indagando cada gesto, cada ademán de Bibí-Noemí, buscándola como la Lucinda cuando ella era niña y se escondía asustada de los truenos. Noemí intuye que María Cariqueo lo sabe todo, que sus pómulos anchos y sus surcos en la piel son signos irrefutables, marcas conocidas, toda ella es un continente ya vivido donde se asienta la clave de sus sueños. Por eso no le extraña que limpie la bombilla diciéndole que no tema, que no hay peligro. Pero Bibí se resiste, tapiando con su fuerza de invencible ese intersticio, la brecha que la Cariqueo rasguña en la parte expropiada, tachada de Noemí.

—Tanta maldad, está hediondo de maldad este país que no duermo como el viejo y la vieja Dios piden, la inmundicia anda por toditos lados.

¿De qué maldad hablará? Vámonos mejor, Noemí, tengo miedo, además que la luna se está llenando y el malestar de la culebra lo siento en la rodilla, no sé para qué le hice caso a la Amelia de venir donde esta mujer que no me quita los ojos de encima y el Emperador debe estar furioso porque desaparecí justo para la fiesta.

—Antes, cuando nosotros éramos los dueños de esta tierra, los antiguos más antiguos, se peleaban con los demonios y ningún malo venía a hacer porquerías. De eso es que le aconsejo a mi hija que tenemos que hacer contras, tú también Amelia y tú señora Noemí que te están extraviando, usted no quiere ver, pero me soñé con que te están haciendo un trabajo malo.

María Cariqueo le ofrece otro mate a Noemí, Bibí la Invencible le contesta:

—No gracias, el mate me hincha.

—Otra cosa es lo que a usted te anda creciendo el estómago, sírvate sin temor.

No quiero que hable más, no quiero verte, déjame tranquila que la lengua se me dio vuelta y ni siquiera puedo decirle a la Amelia que me voy, que la dejo con sus amigas. Sus antiguos serán los que me penan, nos penan, te descomponen la cara de Bibí y traen a René envuelto en una sábana roja y la Lucinda Queupil me lo coloca en los brazos como a un niño, como me trajeron a la Amelia en el hospital y tú Bibí le das un combo a esta Cariqueo y me ayudas a levantarme de este banco donde la Amelia y sus amigas me han dejado para siempre mirando el chonchón. Presa en su fulgor esos antiguos me traen también al Sandro para que los acune a todos por mientras la luna se va y ellos regresan a sus rucas.

—Mamá, ¿te sientes mal?

—No, no es nada, ya me voy, me espera el Emperador.

—¿Me puedo quedar a dormir con Maura?

—Claro, por supuesto, mañana me acompañan a trotar.

Se incorpora lentamente, sin dejar de mirar a María Cariqueo que le tiende una mano y le dice:

—Malicia te han hecho, cuídese mejor.

Ataviadas con sus vestidos de lujo, la Perricholi y la Super Woman admiran las fuentes de plástico donde han dejado las ensaladas y

las papas con mayonesa para el asado. La Woman le convidó a la Perricholi un perfume para quitar el olor a cebolla de sus manos. La pelirroja, radiante, luce sus nalgas en el traje ajustado, mini. Pedro, el socio, fuma, reprimiendo sus deseos de acercarse a la Super, el jefe no quiere enredos en su empresa y es mejor aceptar esa condición a quedar sin trabajo. El humo que sale de la parrilla oculta el rostro del Emperador, sólo aparecen sus dedos gordos manipulando la carne; pero él seguramente ve la intención, por eso, su socio permanece quieto fantaseando lo que sería tener un pedacito de ese culo de la Woman en su poder.

El fuego congrega a las luchadoras, las atrae, todas quieren participar del lento cocimiento de ubres y costillas. El Emperador les sirve ponche con duraznos en conserva y les hace bromas por sus galas, pellizca las mejillas de la Perricholi y el anca de la Super. La noche en el balneario es un jolgorio de luces, una fiesta de olores.

Silvia Munizaga desciende las escaleras, justo en medio de la Playa Grande y avanza con seguridad hacia la tolдерía multicolor. El Emperador se fija en su modo de caminar solemne, como si esa mujer entrara a un templo para casarse, piensa y desvía su mirada hacia la Sargenta que levanta el jarro de ponche y deja caer lentamente el líquido en un vasó. La mujer de la túnica verde busca los ojos del Emperador y éste le responde con una ancha sonrisa. Ella se aproxima y saca de una bolsa una botella de wodka con naranja y se la ofrece. El la recibe y la invita a sentarse en la cabecera de una de las mesitas. Sus miradas han iniciado un diálogo silencioso. Silvia siente repulsión y seducción, la misma emocionalidad que la vincula a las carpas y a los castillos, lo duro y lo blando, esa conjunción del verano que ahora se concreta en la frescura perdida de esas lechugas y el rimmel espeso de la pelirroja que la escruta creyendo que ella es una reina, una luz caída del cielo. El Emperador está seguro de haber conquistado lo mejor de Cartagena y le entrega un vaso donde las frutas picadas se sedimentan. Le propone un brindis. Para nosotros no hay palabras, se dice el Emperador, regocijado. Para ustedes no existen las palabras, reflexiona Silvia y sorbe hasta el final el vino blanco. Eso es lo que mi tío no vislumbró, los de abajo se entienden en el consumo festivo de este ponche y estas papas cocidas, en el feroz apretón de manos que este gordo me da como señal de que me han aceptado.

Bibí arrebató la bandeja de carne asada que el Emperador se disponía a llevar a las mesitas, la puso sobre su palma y como un mozo diestro la transportó hasta los comensales.

—Te ves preciosa, algo masculina, pero de manducarte, le dijo el jefe.

Las luchadoras la miraron con sorpresa. Sólo la Sargenta Loca, en un rincón, embriagada por los cuatro vasos que bebió sin descanso, lanzó una carcajada y chilló:

—Miren el mijito rico que apareció por aquí.

El Emperador furioso fue hasta la gorda y cogiéndola del pelo la condujo hasta su carpa. Regresó sonriente y se sentó al lado de Silvia.

A la Woman le tintineaban las pulseras y los aros, su pecho abultado se infla al empinarse el vino. El Emperador está explicándole a la invitada en qué consiste su show, pero ella no puede dejar de admirar a ese hombre de blusa de seda blanca y pantalones negros pata de elefante. Se pregunta si tal vez sea una mujer, hay algo tan femenino en sus gestos. El Emperador choca constantemente su vaso y la obliga a comer los duraznos picados, ofreciéndole una cuchara y dice en voz alta:

—Ya niñas, no puede ser puro tomar, sirvámosnos no más.

Al poco rato, no quedaba carne en los platos. La Perricholi fue a calentar agua para tomar un tecito y la alegría se apoderaba incluso de los vecinos de carpa que se habían incorporado a la fiesta de los de la toldería, de esos que pasado mañana harán su show. Trajeron una enorme radio y la colocaron en una de las mesitas. Discutieron qué cassette escuchar.

El Emperador decía —¡Un corrido bien charrasqueado!

—Cumbias, gritaba la Woman.

Al final los dueños de la radio optaron por un rock pesado —para calentar el ambiente— le explicaban a Bibí. Led Zeppelin invadió el espacio, anulando todos los demás ruidos del balneario, hasta el sonido del mar, produciendo un biombo, aislando el dominio del Emperador y sus mujeres.

Agujitas las llaman y circulan de boca en boca hasta llegar a mí un resto candente que abrasa mis labios. Aspira Sandro guardando lo que más puedas y expúlsalo. Me interno en los cuerpos que bailan el rock. La mujer de traje verde agita sus manos, pero no puede seguir el ritmo Emperador. Mientras yo me bamboleo con la Woman y la Perricholi, imitando las sacudidas de los jóvenes. Bibí, te ruego que no brinques tanto porque se desarma el bulto del Sandro, no mires como la luna maldita se llena bañando de luz tu rostro, debilitándote. El pelo rojo de la Super azota tu espalda, Emperador, y sé que tienes ganas de que

los vecinos se marchen para quedarte con nosotras; conmigo que oprimo el botón stop de la radio cassette porque yo voy a presentarles mi número y aunque aleguen por este breve silencio he decidido que la iluminación del cielo es tan perfecta como en el Negro José. Cuando trepo a la mesa me parece que te estoy viendo, René, pálido y mudo.

Como conjuro los convoco y ya están quietos enfocándome, envolviéndome, acercándose para oír mi canción, para estremecerse con mis nalgas que comienzan muy lento a ondular en el "rosa, rosa tan maravillosa", y que se convulsan en el "blanca diosa" y entonces es mi pelvis la que se zarandea en el simulacro que te fascina Emperador y que enloquece a la de vestido largo. Entonces, en el "flor hermosa" cambio de vaivén y son estas caderas las que giran y trastumban. Ya huelo el olor de tu humedad mujer de vestido verde, también percibo cómo palpita tu verga Emperador en el "ay agonizo por tí". René decía que agonizaba a la salida del Negro José cuando bajo los árboles le lamía su miembro rosa con devoción.

Bibí no dejes que el Sandro tome más pisco, tiene la blusa abierta y todos se van a dar cuenta que no es él. El Emperador se está botando a la ternura con la Woman y no sé cómo vamos a esquivarlo ahora que está tan borracho y violento embistiendo el trasero de la Super.

La vieja pituca acaricia la barbilla del Sandro, le dice, me dice:
—Que cantas lindo.

Y él, yo, prefiero cobijarme cerca de la Sargenta que ha salido a fumar las agujitas que los amigos del lado ahora insisten en vendernos.

—Pájaros de porquería —le grita a unas gaviotas que se elevan llevándose las tripas de cordero que habíamos guardado para el desayuno.

El Emperador está ebrio y vociferante suelta a la pelirroja y arremete contra los de las agujitas, está a punto de irse a las manos. Gesticula para que el socio lo ayude. Pero la señora Alba te tranquiliza, y tú Emperador para no parecer un indecente te aquietas bebiendo un sorbo de la botella de wodka; te quedas mirando como arreglo mi blusa de seda y dispongo el bulto del Sandro entre mis piernas. La Perricholi ha puesto un cassette de cumbias y todos estamos otra vez felices Bibí, alegres y encumbiados, dando pasitos cortos, apretando el culito; sin mirarnos y siento lejísimo el mar retumbando en las sienes de la María Cariqueo. Los pies se nos hunden en la arena y en ese espacio mínimo marcamos los pasos, labramos las huellas de esta danza que nos consume y agita.

El Sandro baila con la mujer del otro lado de la Playa Grande.

Bibí, ella no me quita la vista, es la única que baila con los ojos puestos en los negros de él, en los míos, parece que dice que un tío suyo era un tonto, un presidente tonto. Debe estar muy volada porque está más blanca que tu pecho René, ni el soroche del Sandro, y ni mi sopor con los pata de elefante ajustados la contagian, pero me dice que por dentro está caliente.

Al Emperador no se le escapa que Silvia Munizaga ha bailado tres cumbias seguidas con Bibí. Al comenzar un bolero cantado por José Feliciano trastabillando llega hasta la Invencible. Con las manos en los bolsillos, la panza salida y la cabeza colgando sobre la barbilla la interpela:

—Es hora que mi mujercita me dedique este lento.

—¿Mujercita? —exclama Silvia inquiriendo al Sandro.

—Sandro para que sepa —replica Bibí dirigiéndose al Emperador.

—Déjate de estupideces, Noemí Sandoval —dice el hombre furioso levantando la cara, enfrentando la de Bibí.

—Parece que usted está curado como tagua que no es capaz de distinguir un hombre de una mujer —le contesta con voz firme la Invencible.

Sandro-Invencible se aleja del Emperador y de Silvia, invita a bailar a la Sargenta. Ellos la siguen con resquemor, miran a su enemiga y a ellos mismos con la certeza de que uno de los dos deberá triunfar para poseerla, poseerlo; arrebatarla, arrebatarlo del pecho de la enorme mujer que la succiona, lo oprime, la apreta, lo abraza y que él, ella, se deja apretar, abrazar, oprimir, calentar por ese magma voluminoso. Ven como uno de los vecinos va hacia ellos, ellas, con una aguja recién encendida, les ofrece unas pitadas y luego entre risas estridentes los tres bailan y él, ella deja que el joven introduzca su mano bajo el pantalón y palpe lo que ellos dos quieren frotar, gozar de él, meter en ella.

Tocas el pañito mojado, impregnado, lo extraes y refrescas tu piel. El trapo vuela hacia tí luna, te eclipsa. Con rabia lo rompes y el frío me cala los huesos, tiritito. Descubro en las tinieblas los omoplatos tibios del Emperador que se van enanchando, desapareciendo entre mis dedos y los pelos rubios ensortijados de la mujer de la Playa Chica se enviscan en mi garganta. Toso, escupo. Me duele la oreja derecha que me desgarran el Emperador y siento como la arena se aglutina en la sangre que mana del lóbulo. Me limpio con el pañito, raspo la herida, y te lo tiro con fuerza, luna. Manchada de mi sangre y de la tierra, graz-

nas en el cielo aterrorizándolos a todos. Luna negra, velada con mi trapo, caes al mar rugiente que te chupa la luz.

Manoteo para que estos pájaros me dejen en paz, el más gordo casi no tiene plumaje, su cogote pelado se congela cuando le arrojó wodka y el más delgado, de plumas verdes espesas se eriza porque le amarro el pico con el cordón de mi zapatilla. Pájaros brutos, zangolotean a mi alrededor como si yo fuera el montón de granos que la María Cariqueo les arroja en las mañanas, un puñado de migas sanguinolentas que los pájaros-perros se comerán.

—Mamá, despierta, es muy tarde y el Emperador te espera.

Los ojos hichados y una sensación de pesadez en el cuerpo, Noemí estira los brazos, bosteza.

—¿Qué te pasa? ¿Qué hora es?

—Pasadas las doce, la señora María nos invitó a almorzar. ¿Vienes conmigo?

—¿Qué señora María ni que ocho cuartos, hoy tengo que entrenar como nunca. ¿Anda el Emperador por ahí, lo viste?

—Sí, y estaba preguntando por tí. Pero mamá, por favor no te olvides que tenemos que pedirle ropa a la Woman, algo bonito para ponerme en la noche, acuérdate que voy a salir con el Miguel, mamá, es la primera vez que voy a ir a una discoteque, tienes que ayudarme —le suplica Amelia.

¡Qué condenado sueño! Culebra de mierda, toda la noche oprimiendo mi rodilla y tanto pajarraco restregándose en mi cuerpo. Amelia, si supieras de esta extraña dolencia, pero a tí no te voy a contar, estás demasiado ocupada con tu Miguel y te entiendo. La primera vez, el primer hombre que te invita, te crecieron las pechugas, te llegó la mensual, quieres vestirte para él. Igualito me pasó cuando conocí a René, ese padre tuyo, ese desaparecido que me habló en la esquina del Negro José. Debe haber sido en el invierno porque su mano estaba helada. Me atrajo por su voz suave, sus ojos miel, por eso le acepté la invitación al bar donde se juntaba con sus amigos. Altiro me llamó Sandro, me había visto en el show, yo no le pregunté ni siquiera su nombre. Bebimos hartos esa noche y él me fue a dejar a la casa y en la puerta me dijo: Sandro, tienes que dejarme entrar. Me besó largamente jugueteando con su lengua ardiente. Lengua de René que ninguno tiene. No sé para qué te digo estas cosas, Amelia, estos sueños me ponen rara, te estoy hablando y tú ya te fuiste donde la María Cariqueo, imaginando en cómo lucirás esta noche para ese Miguel. No estás aquí, pero tengo que

decirte que mi primera vez fue algo que no puedo olvidar. Estaba tan engolosinada, enardecida que ni me importó que la Lucinda Queupil estuviera en la otra pieza y entré con René a la mía y nos revolcamos una, dos y hasta siete veces y mucho más porque el dolor en mi vulva, los moretones en mi piel, el gusto de tu semen en mi boca, las gotas de sangre. Tu soberbia e inancansable provocación, seduciéndome hasta fatigarnos, para después seguir y seguir con tus movimientos desenfrenados sin darme tregua, queriendo vencerme y yo sin dejarme vencer. ¡La Invencible! gritaste en el último acto, luchando por recobrar el aliento y otra vez continuar gozando con eso que ya no era tuyo sino de los dos. Esa primera vez los perros de la población ladraron, amanecía y la escarcha cubría la tierra. Me dijiste al oído: Sandro, eres la Invencible, y te alejaste para tomar una micro que te llevaba no supe dónde.

Amelia espera a Miguel frente a La Estrella. Los tirantes de la polera con brillos que le ha prestado la Woman se deslizan por sus hombros, los zuecos de la Perricholi le apretan, pero se siente cómoda, otra con los labios pintados y las pestañas encrespadas, diferente con la falda negra y ajustada que la Sargenta le ha arreglado a su medida. Admira el paso seguro de Miguel bajando por las escaleras de la pensión con sus botas vaqueras blancas, con sus jeans ajustados, con la camisa entreabierta dejando bailar en su pecho el collar de mostacillas.

Se saludan besándose las mejillas, sonríen y él la coge de la cintura, caminan sin prisa por la calle de Los Suspiros. Antes de perder la Costanera, Amelia divisa la población de carpas y distingue la suya azul, más allá se pierde el mar surcado de botes y reflejos. Percibe la palma cálida de Miguel que la estrecha cada vez que se rozan con algún transeúnte y desea no tener cuerpo para flotar, para fundirse en el costado de ése que la imanta, que la conjunta en la mampara de los Baños de Mar Royal y que le acaricia el mentón llevándolo cerca de sus labios, tocando apenas los suyos con la lengua. Los tirantes bajando por sus brazos y las yemas de Miguel quemándola, descendiendo por sus pechos suavemente hasta apretar el pezón y laminarlo. Las risotadas de un grupo suspenden su pasión. Miguel esconde a Amelia en un abrazo.

—Apurémonos negrita, ya estoy medio atrasado para el trabajo.

Al final de los Suspiros se alza la Discoteque El Gato representando un enorme felino de ojos fluorescentes. El recinto está a media luz, el entablado vacío, los gigantescos waffles semejan rocas, petrificados y negros. Dos hombres barren el piso de baldosas, un mozo arregla

las sillas. El dueño del Gato le da instrucciones a Miguel y mira nerviosamente la hora en su reloj pulsera de oro.

—Siéntate en esta mesa, negrita, y te traigo una coca-cola, tenís que esperarme un rato que prepare las luces.

Amelia obedece y recibe el vaso que le tiende Miguel. Lo ve desaparecer por un túnel de aluminio. Está sola y siente temor, se arrepiente de estar allí. De vez en cuando sus ojos chocan con los del mozo y baja su mirada hacia la coca-cola. Trata de recordar el camino que hicieron pero es inútil, piensa en la toldería, en el refugio de mantas de las Cariqueo. Una nota estridente que la hace saltar de su silla rompe el silencio crepuscular del Gato. Alguien manipula y gradúa los sonos hasta hacerlos soportables. Piensa que Miguel está componiendo esa música desde el túnel, creando esas luces que tiñen de amarillo sus manos. El produce el violeta, el fucsia, el rojo que cambia al compás de la música y se los está regalando para que no tenga miedo.

Van apareciendo los primeros clientes del Gato. Grupo tras grupo llenan las mesas. Esas muchachas vestidas a la moda que ríen y que parecen conocer a todos, transitan ágiles, como si estuvieran consagradas a esa ceremonia de luces; saludando correctas a los jóvenes, a los mozos. Amelia sonrío imitándolas, tratando de plagiar sus ademanes. Cree que transformándose en ellas se protege de su soledad. No sabe que su mímica absurda es controlada desde el puesto del hacedor de luces.

—¿Bailamos chiquilla? —Un joven alto, bronceado, de cabellos claros es el que le habla en tono burlón. Al instante, Miguel descende de su mirador y lo enfrenta:

—¿Sabís? A ésta no la traje para que tú te la engullerai, así que mijito rico te vai corriendo no más. ¿Qué se habrá creído este pije de mierda?

Se sienta al lado de Amelia y enciende un fósforo para que el otro pueda contemplar su rostro amenazante, de animal que delimita su territorio. El de pelo claro se retira despreciativamente.

—Tenís que cuidarte, negrita, estos paltones de Algarrobo creen que todas las peucas son de ellos, a ésas de allá les gusta menearles el rabo, pero tú soi de otra laya.

Amelia clasificaba a ésas que tanto les gustaban los de pelo claro; escotes que mostraban la mitad de los senos balanceados, labios más rojos que los de ella, invitando a bailar a los hombres canciones que ella había escuchado muchas veces por la radio, pero que ni remota idea tenía de cómo se bailaban, le decía a Miguel. Mareada con las pare-

jas que se difuminaban por el arcoiris, llegó hasta el centro de la pista empujada por Miguel. A gritos él le enseñó los pasos mínimos, cogió su talle y la obligó a seguir el ritmo. Pulsionada por el tambor de la batería, rememorando los contoneos de su madre, lanzó por el aire los zuecos de la Perricholi y se sumergió en el tam-tam. Aisló un espacio que sólo pertenecía a los dos, creando la isla de la chumpai en el ombligo del Gato, borrando las huellas de las ánimas, reproduciendo y exagerando los ondulantes movimientos del placer, danzó frenética hasta que se hubo terminado la canción. Jadeantes, volvieron a la mesa, Miguel retornó a su puesto por el túnel violeta. Amelia se secó con una servilleta el sudor que humedecía sus pechos y que opacaba los brillos de la polera. Pensó en la locura de la Raquel y vio sus plantas secas, sus muertos sin flores de papel lustre, las velas apagadas. Le dió pena y escuchó atenta la melodía que Miguel seguramente le dedicó, una triste y en inglés.

El túnel se los traga a todos y nuevamente Amelia está sola en la mesa, siguiendo el movimiento de la escoba del que barre y limpia las baldosas del Gato de colillas, de cajas de Kent y Viceroy vacías, ése que cuando se agacha para recoger una basura le tintinean las monedas en los bolsillos.

—¿Vamos a escuchar los suspiros en las olas? Para ella la voz de Miguel es la resaca, el chasquido de ese mar madre infinito. Sus zuecos taconean fuerte por la terraza que los llevará a las rocas erosionadas de resuellos. Miguel asea el pequeño espacio que queda desocupado, junta trozos de papel confort que el mar aún no se lleva, reúne algodones y cajas vacías. Midiendo la magnitud de las olas en pequeñas, medianas y grandes deciden tenderse para reconocer su tamaño sólo por el ruido que hacen al chocar con las rocas. Amelia cierra sus párpados agobiados por las luces del Gato Miguel. El levanta sus pies y admira por un rato las botas blancas vaqueras. Abre el botón del jeans, baja el cierre, y trepa sobre Amelia. Ella lo recibe temblorosa, el metal se engancha en la tela negra de la falda y la rasga. El aprisiona su brazos, impidiéndole cualquier defensa, agita sus caderas lentamente.

—Haz lo mismo, negrita, muévete como en el Gato.

—Es que no está la mujer chumpai y la ropa me molesta.

—Sí, desnudita es mejor; ¿mujer qué?

—Chumpai.

—Mijita, diga chumpai otra vez, chumpai y le voy sacando la polera, chumpai que le rompo la falda y le rajo los calzones, le meto el dedito aquí donde está calentito, virgencita negrita, chumpai.

Miguel brega por deshacerse de los pantalones, de la camisa. Queda desnudo, sólo las botas blancas cubren sus pies. Se avalanza e introduce con brío su miembro en el sexo de Amelia.

—Me duele —gime ella e intenta empujar a Miguel. —Me haces doler.

—Así tiene que ser huachita, con dolor, si no querrás siempre esto y lo buscarás con cualquiera; pero como soy el primero te marcaré y todos los que vengan se acostarán conmigo y con tu dolor.

Amelia logra desprenderse de la verga insistente. Miguel se dirige al mar y recoge espuma con sus manos. Le dice que abra sus piernas. Moja el clítoris. Amelia ase con las suyas su excrecencia, juega rozando los sexos, le besuquea el pecho. La luna llena rasguña la espalda de Miguel. Amelia lo estrecha con rabia y presiona su trasero, lo envuelve con las piernas. La luna entra por el orificio del anca de Miguel. Trenzados en un febril vaivén, multiplican el calor, se rompen los dientes, frotan las carnes y sudan, se arañan. Rendidos por el brutal orgasmo, reposan de cara al cielo. La luna lame la sangre que cubre el miembro de Miguel, se cobija en el monte ralo de Amelia y sale para hundirse en el océano.

Esta noche no era la isla y tú tampoco eras el que salía de las aguas, no le voy a contar a la Raquel ni a las Cariqueo porque no existen los patos gaviotas, ni a mi mamá que eres otro, y otra soy yo desgarrada, rota la falda de la Sargenta, perdidos los zuecos de la Perricholi, sin rimmel en las pestañas, con un enorme surco de luna en el sexo y sin brillos la polera de la Woman. Maldito mar madre, suspiro de tus olas tercas, mi espalda lacerada por las rocas en que te revientas incesantemente. Y ahora que nuevamente camino a tu lado, te desconozco y me desconozco y me desconoces. Estamos silenciosos Miguel de la Estrella, del Gato, dueño de las luces, con botas blancas manchadas. Llevas en tu puño cerrado las mostacillas del collar que te rompí, que te cortó la chumpai en su acogida y estás enojado, me miras con odio, me dices que me pasé de puta, me pasé de negra puta; pero no me importa que me trates así tú que no eres el de la isla. Desde aquí ya no hay castigo, ni dolor cuando la luna fractura mi vientre. Con menos ánimas en mi cabeza, es más dulce el regocijo de ser la chumpai, cabello cortado y ensangrentado, el beso increíble de sus labios líquidos en este amanecer.

Temprano, el Emperador y su socio emprendieron la publicidad del show del domingo. Por Covadonga y Esmeralda, frente a la plaza,

fueron pegando los afiches amarillos y negros que anunciaban a las Fierecillas del Ring, Perricholi/ Sargenta y de fondo, Bibí la Invencible y la Liebre de San Antonio. A la Liebre la había reclutado hace unas semanas, era experta en lucha en el barro y la enganchó a través de un ex-boxeador que conoció el Emperador en la época de los Titanes. Por Los Suspiros llegaron a la Playa Chica, en Divertilandia dejaron unos cuantos volantes y encargaron a un chiquillo distribuirlos entre los clientes.

—Espérame, Pedrito, que voy a hablar con la señora Silvia, tú te vas a la playa a entregar afiches y nos encontramos en Los Baleares, te tomas una pilsencita y me esperas ¿OK?

El Emperador toca el timbre, aguarda unos minutos. Desde su torre Silvia grita a la empleada que lo haga pasar al recibidor. Se ajusta la bata floreada, calza sus zapatillas de piel y baja.

¡Qué gusto! ¿A qué se debe esta visita? — Le tiende la mano y lo invita a sentarse. —Nieves, tráiganos un pisco souer, quiere?

El Emperador se siente disminuído, la sofisticación de la habitación lo enmudece por un momento, luego recobra su ánimo y muy dueño de sí mismo cruza las piernas regordetas, secando el sudor de sus manos en el pantalón a rayas.

—He venido para invitarla al show de mañana, mis Fierecillas del ring, Bibí la Invencible...

—Ah! —sonríe Silvia —la muchacha disfrazada de hombre.

—Sí, es un poco traviesa, pero es la mejor, la que gana todas las peleas y bueno, a eso iba, tenemos un sistema de apuestas ¿sabe? y quizás usted...

—Apostar me encanta, explíqueme, por favor.

Cuando entró Nieves con la bandeja, los oyó conversar entusiasmados de la recaudación, de la cantidad de gente que iría, que los de San Antonio manejan billete, que La Liebre estará perdida. Le ofreció una copa primero a su patrona y después, con un gesto de desdén, al Emperador, como diciéndole que era un pililo, convencida que su patrona estaba cada día más venida a menos recibiendo este tipo de gente en el castillo.

—Ya verá señora Silvita como ganaremos, usted convide no más a sus amigos y negocio hecho.

Chocan sus copas con un salud. Silvia observa el cuadro de su tío—presidente de anchos mostachos y vuelve su mirada al Emperador.

—El se equivocó y terminó suicidándose el pobre, nunca quiso

verlos a ustedes, en fin, querido Emperador, hasta mañana a las doce. Le abrió la puerta y llamó a Nieves para que lo acompañara hasta la reja.

El hombre quedó sorprendido de la repentina despedida, pero se dijo que así eran las damas y que total, ya había conseguido lo que buscaba.

Al regresar de su entrenamiento, Noemí se encontró con María Cariqueo caminando hacia San Sebastián. La mujer iba envuelta en un vestido de tela oscura, arrebozada en un chal azul y negro.

—Acompáñame tú hasta el viejo mar —le dice imperativa y Bibí la sigue, cansada y trasnochada, con el nido de culebras bullendo en la boca del estómago.

Al llegar a un recodo vacío de la enorme playa, la Cariqueo se despojó del chal y sacó un pequeño tambor. Se arrodilló en el rebozo frente a las olas, de espaldas al sol.

—Tú arrodíllate también —le ordena —pon tu corazón, abre tu pecho.

Oye ese tambor, Bibí, se agita mi alma, se retuercen las culebras, la vieja mujer convoca a la dueña del mar, al dueño del mar. Látidos en mis sienes, Madre poderosa, brega contra los animales malignos que se crían en mi interior. Pero tú no quieres hacerte a la razón, Bibí, Invencible como eres, estás trémula, aterrorizada desde que perdiste vigor y te burlas del Sandro, de Noemí. Ocupante ilegal de mi mente, te ríes de María Cariqueo y me quieres hacer creer que es una vieja loca. No me engañes, conozco ese sonido, ese llamado potente a los antiguos soles y lunas. Bibí, no bromees con esta vieja sagrada, siente tú también como las alimañas corcovean de rabia y se estiran para taparme los oídos, clausuran con sus colas mis huecos para que no pueda entrar nada del mundo, ellas quieren reinar solas y hasta matarte a tí, Invencible que lloras, no tengas miedo, Bibí, de las palabras de esta vieja poderosa, haz claudicar tu orgullo por un momento. Déjame recordar.

María Cariqueo enjuga con el chal azul las lágrimas de Noemí.

—Te curaré del mal-sabandija, pásame la mano izquierda —estira su palma y deposita una piedra transparente, cierra con sus dos manos las de Noemí.

Piel tibia, tierra tremenda, el talismán bendito por tus oraciones en el comienzo del mundo cuando las aguas anegaron los montes y los que murieron quedaron enanos y calvos. Me relatas, me inicias zurciendo los destellos que no se apagan en mi memoria, remiendas con pa-

ciencia los restos que aún permanecen bajo la luz del chonchón. Te pareces a la Lucinda secretando el desprecio de los blancos, rezando a ese ser hembra y macho que nos tutela, diseminando en mi historia y en la tuya y en la de Amelia. Dulce tu canto a la orilla del mar, potente tu gesto y tu baile, tus ojos enturbiados por el implacable asedio de esta Bibí Invencible que me hace dudar, de este Sandro gozador, de mi reuelta imagen entre las olas.

El domingo muy temprano llegaron los de San Antonio con la Liebre. La Sargenta Loca los recibió midiendo a la rival de Bibí: alta y muy delgada, una mujer de edad mediana y de rostro afilado. Bajaron del furgón Zuzuki garrafas y sandías y el ex-boxeador, amigo del Emperador, preguntó por el jefe. La Sargenta lo disculpó explicándole que con su socio arreglaba los últimos preparativos para levantar el ring.

A buena distancia de la toldería, la figura rechoncha iba de un lugar a otro, supervisando, dando indicaciones a los muchachos que clavaban los postes y extendían las cuerdas del cuadrilátero. Instalada en un pisito, la Super Woman vendía entradas, prodigando sus torneados muslos con unos diminutos y coquetos short floreados. La Invencible y la Perricholi precalentaban junto a la carpa azul trotando y ejecutando flexiones.

La Playa Grande se reordenaba en torno al show, despejando parrillas, desarmando carpas, limpiando el terreno de cáscaras de melón y envases de bebida. Las mujeres doblaban cuidadosamente frazadas y lonas, trasladaban sillas. Al mediodía era posible admirar la playa y la arena: la toldería multicolor y el ring se alzaban como únicos signos construídos, como espacios privilegiados, como altares prometidos al sacrificio de una potencia que necesitaba del espectáculo para sobrevivir, centros del universo-Cartagena, ombligos de la playa principal.

Pronto se congregaron los espectadores de otros balnearios. Pedro se encargaba de las apuestas. El sol hería los cuerpos insolados de la multitud y muchos se vieron obligados a comprar anteojos mosca a una joven que venía de la Playa Chica. El Emperador vociferaba por el altoparlante invitando, explicando el sistema de apuestas. Su carpa dorada refulgía y se mecía con la brisa. Al divisar bajando por las escalinatas a Silvia Munizaga, dejó el altoparlante y colocó en la radio cassette una canción de moda. Se apresuró en instalar en un buen sitio de observación a la mujer y llamó a su socio.

La lucha preliminar cumplió su objetivo de preparar los ánimos

para la de fondo. La Sargenta y la Perricholi hicieron una buena pelea, venciendo la segunda por puntos a la gorda, en una contienda calculada y estudiada por el Emperador.

Amelia revelaba en todos sus detalles las normas del show a Maura. María Cariqueo se había quedado friendo las sopaipillas que vendería una vez que la pelea de la Invencible contra la Liebre terminara.

El Emperador cogió el altoparlante y anunció la lucha estelar. La Liebre saltó al ring en medio de la ovación y los aplausos de los de San Antonio, tiró su capa de piel y trotó varias veces por los cuatro costados. Luego, Bibí la Invencible apareció con su atuendo lila-naranja, provocando silbidos de aprobación y piropos. La muchedumbre protegida del sol con cucuruchos de papel y lentes moscas se acomodaba para presenciar la función.

El primer asalto puso en ventaja a La Liebre que con sus largas piernas hacía tropezar a Bibí, aprovechando sus caídas para propinarle feroces golpes en la espalda. Bibí visiblemente contrariada no calculaba ni medía las debilidades de su contendora, que la revolcó varias veces con sus tretas.

En el descanso, El Emperador inquieto le dijo a la Invencible que hiciera una pelea corta, que no le diera distancia a La Liebre y que la amarrara. Pero en el segundo asalto la Liebre puso en marcha otra táctica que consistía en dejarse amarrar para luego brincar y asir a su rival del cuello y darla vuelta hasta marearla. Los ojos atónitos del Emperador buscaban a los de Silvia Munizaga, luego a los de la Sargenta y finalmente a su socio que ya calculaba las pérdidas.

Amelia y Maura se cogieron de la mano, como si con ese gesto pudieran darle fuerzas a La Invencible. María Cariqueo observaba desde lejos, el canasto de sopaipillas a sus pies, rogándole a los dueños del sol que ayudaran, que no torcieran el destino.

No sé si te aguante el tercero, Liebre de porquería, me duele la cola, el muslo izquierdo y las culebras se ríen y me roban la fortaleza. El poder de la Invencible se desvanece. El sol quema mis ojos, casi no puedo verte; pero corro salvaje a tu sombra que me elude, alcanzo a arañar tu hombro, mi diente se incrusta en tu nuca. Giras y me abofeteas, escucho los alaridos del público cuando la sangre mana de mis narices. Toco con el índice mis labios y me mancho el pantalón al intentar agarrarte. Vuelves sobre mí, me odias y te vomito serpientes en la cara, renacuajos, líquido denso de mugre, estallo. Estoy hedionda y mi mal olor llega hasta la multitud. Aprovechas, liebre traidora, para destrozar-

me el rostro y yo orino y me defeco en el pantalón lila ajustado. Vencida, me desplomo de cara al ardiente sol que me lacera.

Amelia corrió desesperadamente entre el público que se agolpaba en torno al cuerpo postrado de su madre. El Emperador intentaba ahuyentar a la gente lanzando gritos que se confundían con la zalgarda de los de San Antonio. Los abucheos y protestas de los que habían apostado por Bibí continuaron hasta que la Sargenta temerosa la levantó y se la llevó en brazos a su carpa. El Emperador y su socio se escondieron en la toldería para evitar que les arrebatasen el dinero que tenían que pagar a los servidores de La Liebre, desde ahí escamotearon los improprios y garabatos de los más enfurecidos apostadores de la Invencible. Por fin, pasada la hora del almuerzo volvió la calma a la Playa Grande y se encendió el cotidiano fuego para las teteras y ollas, las lonas flamearon al viento y los niños revoloteaban en la orilla del mar.

—¡Super Woman! —chilló el Emperador.

La pelirroja salió de la carpa azul y se acercó al hombre.

—Voy a ir a tomarme unos copetes para pasar la rabia, vuelvo a la tarde.

—Pero Bibí está mal.

—¡No me hables de la tal Invencible! Ojalá que se muera ahora mismo la cabrona ésa — y ahuecando la mano izquierda con la derecha hizo una tapa dirigida a la carpa azul. —No voy a mover ni un solo dedo por ayudar a esa maraca.

María Cariqueo y Maura se ocuparon de los masajes, las luchadoras y Amelia formaron un círculo alrededor de Noemí, que poco a poco volvía en sí. Amorosamente, las mujeres lavaron su piel manchada de sangre, limpiaron delicadamente sus nalgas y con paños húmedos bajaron la fiebre. Peinaron sus cabellos, secaron el sudor de sus axilas. En dos horas Noemí pudo sentarse en el camastro y bebió el zumo que la Cariqueo preparó fuera de la carpa.

—¿Qué me pasó? —inquirió mirándolas a todas —No recuerdo nada después del segundo round.

—¡Matrera la liebre ésa! El Emperador no pensó que era buena la flaca desgarbada y te liquidó no más, eso fue lo que pasó —dijo la Sargenta.

—Sí, eso ya lo sé, pero las culebras, sus risas retumbaron en mi cabeza y de ahí perdí mis sentidos.

—Para mejor es no hablar, las cosas que no son del Dios no se entienden, no por mucho que se piense el cerebro, esa palabra no le de-

vuelve el juicio a la persona. Te voy a cantar a tu corazón penoso. ¡Maura ve a buscar el tambor! Permanecieron en silencio, la anciana Cariqueo sobó el pecho de Noemí y la recostó. Estuvieron hasta el crepúsculo escuchando las letanías de la mujer que cantaba a Noemí en el idioma de los antiguos.

—¡Chiquillas! ¡Mis fierecillas, mujercitas mías! ¡Ha llegado su jefe! El Emperador bocifera, apoyado en la toldería, manoseándose el bigote, tambaleante. A pocos pasos Silvia Munizaga le sonrío, divertida, las manos en los bolsillos de su chaqueta de terciopelo negro.

La Perricholi se aproxima con la Super Woman, se hacen un guiño de aburrimiento. El Emperador borracho, llamándolas y ellas obligadas a cumplir sus deseos.

—¿Qué quiere? ¿Para qué grita tanto? —Le pregunta la Woman.

—Se me pasó el enojo, quiero que vengan todas para que celebremos la derrota, nada de tristezas, la vida es así. ¡Pedrito! brama —¡venga mi socio del alma! ¡Invencible! Traíganme a mi palomita invencible.

En la arena, tendidos en un círculo beben de la botella de pisco. Noemí los observa tímidamente, su cansancio ha cedido a un letargo que se apodera de todo su cuerpo. La Sargenta le ofrece una pitada de sus Life. El Emperador está inquieto, se levanta y con voz estropajosa dice:

—Ya, vamos a jugar un juego, está muy fome esto. Nos honra con su presencia la señora Silvita —y dirigiéndose a ella inquiere— ¿Le gustaría el Corre el Anillo?

—Por supuesto, yo presto mi anillo.

—¿Y con qué prendas? —pregunta la Perricholi.

—Puede ser una gracia cualquiera —dice Silvia.

—No ¡yo pongo las prendas aquí! yo sabré qué prendas darle a cada perdedora —chilla el Emperador mirando a Noemí.

Corre el anillo por un portillo, las manos calientes de la Sargenta pasan por las mías suplicantes, no me pongas el anillo. Pasó un chiquillo comiendo huesillos; la Silvia me escruta con odio. A todos le dio, menos a mí; apreto con fuerza la piedra que me entregó la Cariqueo. E-che-pren-da se-ño-ri-ta caa-baa-lle-ro qui-en la tie-ne, detienes tus manazas resbalosas en las mías secas, Sargenta, y no se quién tiene el anillo, la Silvia, el Emperador. Sargenta maliciosa. No adivino a quién le pusiste el anillo, digo que a la Perricholi y salta el Emperador gritando que perdí que lo tiene él. Voy a tener que echar prenda. Me van a castigar. El Emperador me toma de la mano. Me dice que ten-

go que ser El Sandro ahora. Sandro ven, que la señora Silvia quiere verte otra vez.

Me levanto y busco el bulto, ya no poseo esa protuberancia y mi garganta está muda. Todos corean y baten sus palmas, el Sandro, el Sandro. Bamboleo ridículamente mis caderas. La Silvia bebe un sorbo largo y el Emperador la arrebató la botella. Los pájaros graznan en mi oído, con sus picos agujerean mis dientes, el pájaro de cogote pelado me rasguña un seno con sus garras, la pajarraca de negro incrusta sus plumas en mis brazos. Los pájaros rompen mi pantalón, quieren picotearme el anca. Tengo que huir, me lanzo a lo que dan mis piernas, subo casi volando por la calle que da a la Plaza, bajo por un callejón atestado de gente, los empujo, jadeo. Llego a un camino de tierra, sigo corriendo. Los pájaros vienen tras mío gorjeando, insultándome, me acusan de ladrona, que les robé la plata de sus apuestas, que se las voy a pagar. Mi prenda. Se las voy a pagar. Voy corriendo por un cerro, la luna ilumina el sendero de los pretilos, que eludo con un salto. Huelo el aroma de un bosque cerrado, choco contra árboles gigantes. Salgo a un claro, trepo a una piedra alta y veo a los pájaros perdidos, buscando el camino. La piedra es como lápida de una tumba en medio del cerro. Desciendo y la luz de la castigadora me permite leer en la piedra: Abajo está el mar, en el fondo de esta tumba se ve el mar. Mis muslos están agarrotados. reposo y se revuelven las culebras en mi esófago, quiero arrojar estas sabandijas. Siento el vuelo de los pájaros que se acercan. Tengo tanto miedo, luna.

—Te pillamos loba, chúcaro, de aquí no te escapas —dice el Emperador y la apresa fuerte contra sí. Silvia Munizaga está cansada, pero toma fuerzas para romper la blusa de Noemí.

—Yo voy a empezar primero —le dice al Emperador, sacando una correa —Pónmela de espaldas.

El trueno los asustó. El hombre soltó a Noemí que huyó a refugiarse tras la lápida. La cabeza luminosa pasó cuatro veces rasante, chillando. Se posó en el eucaliptus más alto. Los dos se quedaron mudos, preguntándose para sus adentros de dónde había salido esa visión. La cabeza arremetió contra el Emperador que en vano intentó escabullir sus embestidas. Silvia Munizaga horrorizada se alejó rápidamente, dejando al hombre solo librar la batalla contra la luminosa voladora. Desesperado buscó una piedra, pero la cabeza voladora le quemó las manos. Le pedía ayuda a Silvia. Al verse abandonado, suplicaba que lo dejaran en paz, que se iría, que era un juego eso de la prenda de Bibí la Invencible. La luminosa lo dejó marchar.

Habla de luz, me llevas a tu cueva de ponchos y surcamos juntas el balneario de Cartagena, planeamos sobre las olas, siento la humedad del agua salina en mi piel. Dices que no es mi peso sino el de las culebras el que te impide volar más rápido. Aterrizamos suavemente en la arena. Tu cabeza tiene que reunirse con tu cuerpo abandonado en las rocas de San Sebastián. Lanzas un grito de dolor. Ese dolor me atraviesa. Integrada, te abrigas con tu chal azul y murmuras que estás muy cansada, pero que aún queda trabajo por hacer.

Maura y Amelia aguardan en la entrada de la carpa de pontros, el mate cebado y el agua caliente.

—Pensábamos que nunca llegarían —dice Amelia, besando a su madre.

María Cariqueo se recuesta entre cueros de cordero. Su rostro ha envejecido, las arrugas se prodigan bajos sus ojos.

—Te irás de amanecida, la maldad está creciendo. Me soñé hace días con mucha lluvia. Vas a tomar camino del sur, en la puebla de Lorenzo te quedarás para que te sane. Te mandaré recado para que te reciba. Tu cría Amelia se quedará conmigo, me la llevo a la chiquillita de ayudanta, volverás cuando tu corazón esté limpio. Tu estás muy enferma, revuelta entera te tienen los males. La revuelta te sanará Lorenzo, mi primo, el machi.

III

Descendió del Galgo Azul que en una noche de viaje la llevó hasta Nueva Imperial. La boca amarga de café Dolca, desorientada, mirando el mapa que Maura había diseñado. Hasta el momento todo correspondía a las imágenes: una plaza surcada de piedras multicolores, al fondo de la única calle del pueblo la casa-pagoda: el paradero de las micros a Collinco. La madrugada estaba fría, densas nubes amenazaban en el cielo. Sus ojos recorrieron las casas de tejuela pintada de musgo, el humo de las cocinas flameando al norte. Caminó hasta la casa-pagoda. Dos hombres abrigados en gruesas mantas negras esperaban, los sombreros ocultándoles el rostro. Se dirigió a uno de bigotes:

—¿A qué hora llegan las micros que van a Collinco?

—En un ratito no más, señorita, ya debe estar siendo la hora. ¿Qué hora será ya, don Eusebio?

—Quién sabe don Carlos, tarde será como han abierto El Lucero —constestó el otro.

Una mujer ataviada con un rebozo como el de la Cariqueo se acercaba al paradero cargando sacos y bolsos. Saludó a los hombres y a Noemí. Más tarde, un grupo se apiñaba en la caseta. Una leve llovizna los congregaba en el mínimo espacio, en el refugio amarillo que llamaban la pagoda. Tenía la impresión que las culebras le iban devorando las vísceras, y aumentaba su sensación de estar abandonada en ese mundo al que la había mandado la Anciana María, un destino al que se sometía para olvidar al Emperador, al Negro José, a René muerto, a Bibí la Invencible.

Al entrar a la micro, le pidió al chofer que le avisara en la reducción de Collinco.

—Son dos horas para allá —le dijo pasándole el boleto.

El vehículo se detenía cada cierto tiempo para repletarse de aromas y canastas, de cacareos intermitentes de gallinas y pollos. Hombres y mujeres ascendían calmadamente y se ubicaban en los pocos asientos vacíos que iban quedando. Al lado de Noemí se sentó una vieja de trenzas larguísimas envuelta en una manta negra, cubierta la cabeza con un pañuelo estampado de estrellas y caballos blancos. Noemí apoyó su mejilla en la ventana, limpió los vidrios empañados, leyendo en el paisaje su extrañeza.

Territorio de colinas suaves, campos sin cerco, planeta con olor a Lucinda Queupil ¿aquí me recogió? René nunca quiso que nos contáramos los orígenes, Bibí odia a la Lucinda. Tierra de María Cariqueo. El Sandro se entretenía con la Cariqueo. Me estoy viendo por dentro, por fin lejos del mar, lejos de la castigadora. Estoy segura que en esta tierra no habrá luna que haga sangrar a la Amelia y que usurpe mis fuerzas para pelear. El veneno de los bichos se pega al cristal en que me miro el interior. Soy otra que la Invencible, otra que Sandro, otra que Noemí. Soy la Lucinda Queupil de rostro cobrizo, manchada de violeta el anca. Lucinda en esta micro cálida. ¡Las cosas que me pasan por dentro! ¿por qué pienso que soy la Lucinda Queupil si siempre he sido Sandro reinando?

La lluvia golpea el techo del bus, inunda el camino. Travesía por el manto oscuro del cielo austral. El perfume del perejil y del cilantro se adhieren a las narices de Noemí. Otro olor penetra también sus pulmones. La vieja mujer, su compañera de viaje, ha encendido un enorme cigarro de hojas de choclo. El humo denso invadiendo su rostro la obliga a cerrar los ojos y a arrugarse. Se le apaga el cigarro varias veces.

—Están húmedas estas hojas —alega la vieja.

—Yo sé lo voy a prender, abuelita —le dice el hombre que está a su lado de pie.

—Ta fuerte el millalle, no? —comenta la vieja a Noemí y le ofrece una pitada —Es bueno el chamico pa los caminos largos —dice riéndose.

Estas bocanadas tejen tramos grises en el río que tengo que cruzar para llegar al Negro José, urden el largo puente donde los hombres esperan la salida de las artistas, tiñe de luces mi escenario de Sandro. Hago dos cruces como me señala esta mujer que se quema los dedos con el cigarro. Tengo sueño. Reposo mi cabeza en sus faldas. Me acaricia el pelo, hurga en él buscando piojos. Gallina trintre hormiguea en

mi mollera. Frenos chirriantes. La mujer inventa un barrial para que esta micro se detenga. El agua cae a raudales entre sus dientes amarillos de chamico. La gallina vieja me pregunta en el idioma de la Cariqueo cómo me llamo. Le entiendo bien porque estoy conversando a través del humo. Gallina vieja. Estoy viviendo en el gallinero donde el más viejo de los machos canta y baila su único número: Una muchacha y una guitarra. El idioma me dice que tengo que bajarme porque la micro está atorada en el barro. Con mi gallina me encaramo al palo más alto y entono con pasión la melodía del más macho de los machos. Me escuchan felices los pasajeros de la micro. Los mapuches se alegran con mi baile de gallina clueca. Estoy a punto de poner los huevos que las culebras me han fecundado. Radiante con mis plumas al aire. Mi arte de gallina ponedora, mi técnica de menear las plumas. Estoy más mojada que pollo huacho y la gallina trintre, mi amiga, me cubre con su chal negro de la lluvia que empapa mi plumaje. Me dice en el idioma que me deje de cantar esa canción de los extranjeros y que me suba a la micro de una vez por todas. Mi traste de gallina está adolorido. Quiero vomitar el gusto a chamico y a cilantro en el pañuelo de la trintre. Parece que puse un huevo. Hay una tremenda araña en mi porte de gallina castellana anudando el tejido del humo en este sueño que me viaja a Collinco.

Al centro de la ruca humea el pequeño fogón. La madre del machi Lorenzo prepara la yerba del mate, luego parte en cuatro la tortilla, revuelve con un trozo el pebre de ají machacado. Noemí, sentada en un banco cubierto por pieles viejas, sigue sus gestos. No le costó encontrar el lugar, las indicaciones del chofer fueron precisas. La casa se alzaba en una colina rodeada de robles, la única casa en medio de ese campo. Al principio, la madre del machi le habló con indiferencia, pero al mostrarle el mensaje de María Cariqueo su expresión se tornó afable y la invitó a entrar a la ruca. Después, la agasajó con un jarro de chicha de manzana y harina tostada y se dispuso a prepararle mate.

—El Lorenzo volverá ligerito, ta curando enfermos pa lla pal bajo. Tan malazo que ta el tiempo, pura lluvia han mandado los dueños del cielo este verano, y vieras la de enfermos que han venío, jante los problemas que tenemos con los huachos de moledera que vienen a robarnos animalitos y nosotros tenemos que ver con todo, ¡qué atender enfermos mi hijo este mes! ¿Usted te vienes a ver también?

—A eso me mandó la María acá, para que él me tratara, es que ando como trastornada y me persiguen pájaros que manda El Emperador.

Pronunció su nombre y la imagen del gordo asfixió sus pulmones, escuchó sus gritos: ¡Asesina! ¡Asesina!

—No me hable na a mí, mejor te hace no contar. Ya vendrá el Lorenzo, sírvate otro matecito.

Al atardecer apareció Lorenzo, acompañado de sus tres ayudantes, dos jóvenes y una muchacha. La ruca se animó de tamboriles y del tintineo de sus cascabeles. La madre les sirvió chicha, presentó a Noemí y sentados en un círculo alrededor del fuego, el machi contó los pormenores de la curación de su enfermo.

Lorenzo machi te vistes como hembra. Campanillas en tus pies descalzos y pulseras de plata en las muñecas. Preciosos tus ojos azabaches. Dominas este escenario en penumbras. Me dices que soy champurria para burlarte, para que los otros carcajeen. Tu madre me explica que champurria es mestiza, revoltijeadá. Lorenzo machi, de reajo me compones mezclada, enredada; me armas a tu antojo, asuzas las alimañas en mi vientre. Machi Lorenzo no miras de frente, tu mirada es para adentro y me inquieta. Eres al revés como el Sandro y escrutas a la inversa mi cuerpo combado hacia el fuego. Me encanta el sonido de tus cascabeles. Lorenzo machi, si me das un espejo podré verte como eres de verdad y yo misma me convertiré en tí para que te admires caminando por esta ruca, murmurando, remedando en el idioma que yo, la Noemí Sandoval soy una champurria.

La muchacha tomó a Noemí de la mano y la condujo hasta una habitación pegada a la ruca, donde se apilaban canastos de yerbas y botellas colmadas de líquidos de diferentes tamaños y colores.

—Tienes que orinar aquí—le dijo entregándole un frasco—te vaciarás frente a este rehue—mostrándole un madero tallado con siete peldaños cuya parte superior simulaba un rostro labrado toscamente.

Noemí se bajó los pantalones rápido, luego los calzones, colocó el frasco entre sus piernas y de cara al poste trató de orinar. Al salir el primer chorro lanzó un quejido. Las culebras se negaban a dejar que el líquido escurriera, clausurando su vejiga. Hizo otro intento. Se dirigió a la muchacha que la observaba desde la puerta.

—No puedo, ellas no quieren—rezongó.

—Tienes que orinar, si no el machi no sabrá qué tienes, él adivina por el humor, haz otro esfuerzo.

Por fin pudo llenar el frasco. Rogándole al rehue que la ayudara, secretó el fluido. Resistió ahora en silencio el dolor porque le pareció que había puesto otro huevo de culebra.

Kai-Kai, Tren- Tren; Kai-Kai Tren-Tren, estás cantando Lorenzo y tus ayudantes que te acompañan con esos tambores que resuenan como el de la Cariqueo en las rocas. Tam-tam en mi vulva pulsionada. La ruca está tan oscura que los veo como sombras bailar y cantar a mi alrededor. Yo soy Kai-Kai y ellos Tren-tren. Kai-Kai culebra me dicen para que me arrastre por la tierra caliente. Mi infinito vientre se desliza mojado por el suelo, se desviste. Gusano gigante Kai-Kai. Ellos son la culebra Tren-Tren, reptan y me empujan con sus pesadas colas. Dan saltitos, me rozan con sus pies desnudos. Lorenzo machi Tren-Tren, te convulsionas y me pones cuchillos helados en la espalda. Soy Kai-Kai, la terrible culebra de las aguas que anegó el mundo y por eso me detestan. Soy la aborrecida. Subí los ríos y los mares. Soy culebra que les bailo como gallina. Gallina y culebra soy, mezcla de plumas y sangre fría y con mis ojos poderosos aplasto, petrifico. Mi rabo emplumado, mi lengua venenosa para emponzoñarte Emperador que has venido a buscarme a la ruca del Lorenzo machi. Te chupo la sangre del cuello con fruición y te vas adelgazando, ya no eres más que un pellejo sin forma, mientras yo voy engordando con tu sangre espesa. Te coagulas en mi cuerpo y no puedo deslizarme, no bailo ligera al son de los tambores. Te voy a vomitar para sentirme mejor. La Tren-Tren succiona mis erupciones, te recome danzando y cantando. Ya me repongo de tí. Ahora las culebras fumamos y botamos el humo en las direcciones cardinales, cuatro veces en cada punto, al compás de los panderos incansables.

Veo surgir entre las llamas a René desnudo entonando "de rojo carmesí". Retrocedo para esconderme tras la Tren-Tren, pero ella me evita, incitándote, empujándote a mi territorio. Con tristeza y rabia decido liquidarte: así ya no me obligarás a ser el hombre que no soy. Me arrojé a tus venas y como cuando nos revolcábamos bebo de tí. La Tren-Tren acaricia tu miembro rosa que yuergues envanecido de su potencia. Deseas estrecharme y clavar tus ojos de miel en los míos soberanos que te paralizan. Derramas lágrimas oscuras, quieres ayudarme a inundar el mundo para conquistarme, tratas de aliarte a mi empresa maligna y eso me pone iracunda. Te devoro sin pensarlo más. Lorenzo machi cascabelea y canta, asperja con chicha mi enorme, aborrecida carne de reptil. Sollozo, me lamento, acomodo las plumas de mi rabillo maléfico. La culebra machi Lorenzo Tren Tren convoca la tristeza. Desciende del techo de paja de la ruca el manto lila de la Invencible, revolotea sobre el fuego, intenta envolver a la Tren Tren y limpia mi rostro.

Bibí, estás quieta en el ángulo de la puerta, seductora con la bandera lila. Me abalanzo para clavarte los ojos y liquidarte, pero eres tan débil que te desvaneces con el mínimo esfuerzo de mi mirada. Late el tambor, pulso insolente que multiplica su imperio dentro y fuera de esta ruca donde las culebras permanecen irredentas. De mis plumas la boca del Sandro se abre y se cierra, hueco tenebroso de las melodías que se me han olvidado y que tu intentas en vano recordarme. Te tapo el agujero con mi blanda cabeza aborrecible y pobre Sandro suplicas angustiada que te perdone, que quieres irte al Negro José que está funcionando en el cielo. A veces soy magnánima y además te tengo cariño, te concedo la gracia para que salgas libre de mi plumoso rabo. Mi largo cuerpo es un hueso esponjoso que besa la tierra de la ruca. Me resbalo despacito hasta el fuego que atiza la Tren Tren para devolver la sequedad a ese mundo que desbordo con mi llanto incorregible. Estamos solas, Kai-Kai y Tren-Tren, limitadas en el mundo-ruca, frente a frente. Tengo rabia y dejo derramarse la lluvia que levanta los ríos, quiero que todos los seres vivientes perezcan ahogados por mi pena. La culebra Lorenzo Tren-Tren eleva los cerros, hace crecer los montes. Permanezco flotando entre los cadáveres, choco con algunas caras conocidas y más furia me da. Hago una ola gigante para que cubra las colinas y gimoteo, mis lágrimas se confunden con los raudales y veo que son cauces apenas que convergen al anegamiento de todo lo conocido. La Tren-Tren ha empujado tanto las tierras que los pocos que se han salvado están desesperados por el calor del sol, se quemán y se ponen calvos. La Tren-Tren sabe ahora que tiene que devorarme, porque estoy dispuesta a seguir subiendo las aguas. Se acerca sigilosamente con el tam-tam, cautivante, implacable, palpitando, su brazo me arde. Entrelazadas, oprimidas en una cópula frenética una y otra vez damos vuelta la piel helada y la carne viva se fusiona mezclándonos, revolviéndonos.

Tú eres Tren Tren y yo Kai Kai, de tu lengua mana la mía, de tu sexo brota el mío. Me estás naciendo y al parirme un temblor tremendo transforma el mundo, se muere la castigadora y se desecan las aguas, los seres que se agazaparon en los troncos con mi diluvio Kai-Kai corren a construir nuevamente sus casas y altares. Me apañás en tu pecho, mamó de tus senos hasta hartarme, entonces me duermo en un rincón de la ruca calentita. Recién venida a la tierra doblemente germinada, me mecen los arrumacos de tu mano que cascabelea.

Está amaneciendo. Noemí yace desnuda entre cueros y flores, hojas de árboles, yerbas y remedios. Divisa al machi Lorenzo al lado de afuera de la ruca y a sus ayudantes. Tocan los tambores y oran al sol.

La ceremonia de sanidad ha concluído y la madre del machi la ayuda a vestirse. Iluminada por los haces de luz que penetran el techo de paja, camina hacia la mujer y la abraza. El sonido de los tambores va declinando lentamente. El pavo extiende sus alas y las gallinas exigentes claman su alimento. Se enciende el pequeño fogón. La madre del machi prepara la tetera para el mate y Noemí soba la masa para la tortilla rescoldo con que desayunarán.

—Esos se tomaron tu casa y no pude hacer na —La voz de Raquel se agitaba —vinieron unos cuantos y plantaron banderas ¡Y quién iba a llamar los muñecos por aquí!

—Pero ¿alcanzó a guardarme algunas cositas siquiera? —Le preguntó Noemí —El uniforme de la Amelia, los catres...

—No le digo que na pude hacer —bajó los ojos y continuó casi murmurando —claro que salvé los géneros rojos del hombre ése que tenías, si querí te los devuelvo pa que te quedes con algo.

—¿Qué generos?

—Esos que andaba trayendo tu hombre cuando hacía lo mismo que hicieron estos de tomarse tu rancho, yo los quería pa coser unas cortinas; y también salvé la manguera, atrasito la tengo guardada.

Noemí se fijó en el pelo desordenado de la Raquel, en las arrugas de su rostro, en las callosidades de sus manos.

—No se preocupe, que le vamos a hacer, déjese las cortinas y la manguera, no importa.

—¿Y la chiquilla, dónde la dejaste?

—Está con una amiga, allá me voy yo también.

—Le mandaré de vuelta su paquete de velas que me sobró, dile que cumplí con su promesa, toditos los días le puse velas a los finados.

La carita que colocó Noemí cuando le dije que El Emperador ése la andaba buscando, ta más rara que nunca esta mujer yo me habría quedado con los paños del hombre, de recuerdo que sea y mirar en menos la manguera, bueno, cosas de ella no más, una que vive solita cualquier cosita le va faltando. Dijo que había peleado con su jefe, quizás que leseras habrá hecho por allá en la playa que iban. Las voy a echar de menos, apensionada voy a estar sin éstas, sobre todo con la chiquilla, me encariñé con ella. A lo mejor también está cambiada, la Noemí me prometió que me iban a venir a ver y que la iba a traer. Pa otro barrio es que dijo que vivirían. Yo sé que ésa me va a culpar a mí por lo

de su rancho; pero una que está sin resguardo, sola con mi Dios no más. ¿Qué iba a hacer? El Martínez del Comité de vecinos se encogió de hombros y dijo que la culpable era la Noemí que dejaba su casa en el verano y yo creo lo mismo, mire que andar con esas mujeres sacándose la mugre pa' ganar sus pesos y dejar el rancho abandonado. Todo pa' irse con ese gallo explotador, la pinta de ése a mi nunca me engañó. Ya va a ver esa Noemí cuando la agarre el guatón otra vez, la va a hacer turumba. Pobre la chiquilla no más digo yo, pero le voy a prender velitas al Ernesto pa' que la proteja a ella y a su madre que le toque el destino que le toque, si es chicharra, entonces que muera cantando. Total estos vecinos que llegaron no son tan malos y mi finá abuelita siempre me lo dijo: llevarse bien con todo el mundo y así nada le va a faltar a una que es solita, huérfana. Y bien contenta que estoy con mis vidriecitos y las cortinas rojas, el sol pesado no me molesta pa ver la tele después de almuerzo y ni me luquean las intrusas de atrás, ahora puedo hacer lo que quiero y ningún pelambre me van a hacer.

Dejó la Violeta Parra sin pena. Recorrió tranquila las callejuelas y cruzó el descampado. Los niños jugando al ladrón y al verdugo. Se detuvo en la calle que antes transitaba para ir al Negro José y sintió nostalgia. Al final del camino, el barrio de las boites. Creyó avistar a una de las del coro haciéndole desde lejos manoteos que la interpelaban. Atravesó la calle de Las Torres sin volver su mirada al callejón. Mediodía de marzo, la vida rutinaria de la población, la magra feria, la fila para el agua, los drogos recién levantándose, uno que otro malandro mero-deando. Desde el bus distribuyó los espacios donde había permanecido y se despidió solemnemente de cada uno de ellos.

La casa de María Cariqueo huele a sahumero. Amelia y Maura ocupan una pequeña pieza empapelada y oscura. Noemí aloja en un rincón entre la cocina y el living-comedor. Antes de dormirse, la Cariqueo las visita en sus camas y les da de beber remedios para el corazón. Ella es la dueña, la matrona, el alma que domina la vivienda y la suerte. Moradoras en calma, las tres la respetan y le confían sus secretos. Han pasado dos meses desde que Noemí llegó, la venta de las tortillas en Cartagena y los envíos de víveres de los parientes del sur las han mantenido. Por las tardes, se congregan en torno a la vieja María a aprender la preparación de yerbas y zumos, a escuchar los infinitos territorios que su palabra reproduce de los antiguos. Por la noche, el reino del sueño las prepara en la clasificación de los mensajes de la vieja y el viejo

Dios. Para hablar en el lenguaje del cielo, reinventan claves, hilvanan imágenes, urden los motivos que bajan a sus mentes y componen por fin las figuras del pasado, las perfectas palabras que corresponden a esa fisonomía de la hembra y el macho tutelares. La sintáxis que María Cariqueo pugna por imprimirles, ahora que se han transformado en sus ayudantes y que están preparadas para emprender la tarea que los dueños del mundo han propuesto. Las pesadillas han sido inconfundibles desde años: el hedor del mal, el hambre de los niños, el color gris en la alta bóveda que circunda la ciudad, la sangre en los ojos de las estrellas, El Emperador, los picoteos de los tues tues en su ventana. Signos permanentes en la vigilia y en el espacio nocturno de sus sueños. Apenas reciba el llamado de la tierra alta, partirán a enmendar el rumbo torcido de los humanos, a plagar el horizonte de cantos y toques de tambor, a sacar los animales malignos de los cuerpos, a derrotar las fuerzas imperiales de los demonios, espantajos que se apoderan lentamente de su mundo-país.

Mes a mes tu vientre va creciendo, Amelia. Es la condición de ser hembra, designio viejo, estrella que nos persigue. Fecundada en el mar de Cartagena por ese Miguelucho que después no te buscó más; pero me has dicho que no sentiste dolor y que no te importa si tu cría nace sin hombre, como tú, como yo. Un huachito para la tierra. Me sueño con la Lucinda Queupil dentro de una ruca enorme meciendo a su sobrino-nieto, el niño chumpai, criatura de las aguas. Está contenta la Lucinda. Y a mí me encanta palpar tu estómago, quizás vas a parir en el viaje que preparamos, por eso dejo que te acurruques en mi pecho y busques mis pezones, te regocija mamar de mentira, frotar tu boca en mi monte. La María Cariqueo te cuida con remedios. Ya se te han olvidado tus ánimas, y dices que en sueños has visto a tu padre cansado y viejo rengueando por el territorio de los muertos sin sepultura. Dudo que ése sea René, a lo mejor es una antigua sombra de mi propio abuelo, de mi tío, de un René extraviado en la imagen que la Diosa-Dios quiere recoger para tí. No me canso de mirarte la barriga, de sentirme prisionera en ese crecimiento que llevas en tu cuerpo. Soy otra la que vive este tiempo. De vez en cuando las voces viejas me acosan con sus sonidos hechiceros y me retuerzo para obligarlas a callar. Ahora, el reino es la fuerza de mi pasado transfigurado y edificado por los cuentos de la María, por el rostro de la Maura, por las manchas violetas, por tu espera Amelia, por nuestros sueños mezclados.

Tomaron el tren de las nueve a Chillán. Amelia y Maura, presas

de novedad y entusiasmo recorrierrn los vagones, admiraron los viejos asientos, las lámparas verdes, el coche-comedor. Por el vidrio, los sembrados se sucedían, la línea del ferrocarril succionando pueblos y estaciones. María y Noemí aprendían los nombres de las ciudades y villas. Amelia se bajó en Curicó a comprar dulces y pan amasado para completar el almuerzo de huevos y pollo cocido. Apenas el tren está en marcha desarma el paquete con comida, se intercambian presas. La puerta que conecta el carro de segunda con el de tercera se cerró con fuerza y una risa estruendosa llegó a los oídos de las cuatro mujeres. El semblante de Amelia, sentada frente a María y Noemí, palideció:

-Mamá, la Sargenta Loca se viene acercando, me ha reconocido.

Noemí gira su cabeza y ve el cuerpo inflamado de la Sargenta, ataviada con un traje dos piezas gris, arrastrando una enorme maleta por el pasillo.

-¡Miren donde las vengo a encontrar a las perlas! -La Sargenta empujó la maleta con el pie y se arrimó a Noemí para besarla.

-¿Y tú que haces por aquí?- le preguntó Noemí. -¿En qué andas?

-Uyuyuy, es que ha corrido mucha agua bajo el puente Bibí, déjame acomodarme para que te cuente -dijo mirando a María Cariqueo induciéndola a que se cambiara de asiento para arrellenarse en su lugar. La vieja ni se movió, masticando con dedicación el cartílago del pollo. Maura se levantó y se ubicó en el asiento contiguo invitando a Amelia que la siguiera. Las dos muchachas vieron a la Sargenta tomando un huevo y quebrándolo en los brazos del asiento para luego botar las cáscaras al suelo. Con el huevo en la boca espetó:

-Parece que la Amelia salió con su domingo siete.

No hubo respuesta. La Gorda masticaba con la boca abierta.

El tren marchaba lento, deteniéndose en algunos tramos donde la línea había sido cortada por explosiones nocturnas. María Cariqueo se movía en su asiento para otear por le ventana los arreglos del camino.

-Voy a Linares, ¿y ustedes?

-Vamos muy lejos, al sur-le contestó Noemí- y tú, ¿por qué viajas a esa ciudad?

-Es que las Fierrecillas han salido a los pueblos, El Emperador se ha conseguido contratos en varios lugares, ¡quedó feliz con las ganancias de Cartagena! -contó irónica la Sargenta- después de tu derrota la cosa cambió -la gorda sacó otro huevo del paquete que sostenía Bibí- el Jefe se asoció con la señora Silvita, ella le dio un préstamo y todo ha cambiado, vieras los lujos que tenemos ahora: equipo amplificador, camioneta, estamos de lo más empingorotados -el huevo le secaba la bo-

ca -Aquí en Curicó nos fue muy bien, yo me quedé dos días más porque instalé un puestecito para ver las cartas. Llegamos a ese arreglo con el Jefe, ¿sabes? está loco por saber de tí, de su Invencible.

Noemí aceptó el cigarrillo que le ofrecía la Sargenta, María Cariqueo también fumó. La gorda estiró sus pies hacia el pasillo y haciendo volutas con el humo recorrió las vestimentas de las cuatro mujeres: trajes oscuros, pañuelos en la cabeza, chales azules, zapatones gruesos. Se fijó en las trenzas de Noemí rodeando su nuca y en los anillos de fantasía que lucía en ambas manos.

-¿Y están en Linares ahora?- quiso saber Noemí-¿Allá está el Emperador?

-Sí, dos semanas estaremos instalados y también iremos al campo ¿por qué no te vas conmigo? Al jefe se le pasó la rabia Bibí y viejas que ganamos platita con las Fierrecillas en estos pueblos ¡no seas tonta Bibí, El Emperador te dará otra vez tu lugar entre las favoritas!

No me llames Bibí que te voy a pegar un coscacho en tu asquerosa panza. Sargenta macuca, gordinflona sometida al más sabandija de los hombres. Los de lo alto habrán querido que nos encontremos. Ni por mucho que me tientes con tu oferta abandonaré mi lugar de aprendiz, ayudante de la machi Cariqueo. Quizás poco a poco sea Invencible para las garras con que El Emperador aprisiona las almas. Ahora soy Kai-Kai, repuesta de los dolores, de la angustia, sanada de Bibí y del castigo de la luna. Poderosa entre los vivientes. Te doy una palmada en tus gruesas piernas y guardo la servilleta con los huevos para que no comas más. Carnosa, recuerdo cuando me golpeabas en el ring para mostrar tu máscara de bruja amarga. Espesa. Te veo agachar el moño ante El Emperador. El Inspector está anunciando tu estación, Linares. Recoges tu maleta y nos das abrazos de mentira. Te vas con tu culo espantoso a engañar a los ingenuos, con tu mazo viejo a desvariar los futuros. Sargenta embustera.

La noticia que el Emperador andaba por el sur no las arredró, se burlaron al leer en la estación de Chillán un afiche que anunciaba el show de las Fierrecillas para unos días más. La Liebre versus la Super Woman, en la foto la Super parecía más joven y las esmirriadas tetas de la Liebre contrastaban con las exhuberantes de la pelirroja.

-¡Que nos siga el sucio aliento del Emperador! ¡Que le duela nuestra presencia- dijo la Cariqueo subiendo los bultos en un carrito.

Instalaron su carpa de pontros junto a una tienda de gitanos y a

los ranchos de los campesinos. Maura se ocupó de informar en las poblaciones cercanas, casa por casa las venturas que traían para los enfermos, para los sin trabajo, para los tristes. Evadiendo muñecos y cuidadores del orden logró comunicar a mucha gente la llegada de la machi María. Al otro día aparecieron algunos curiosos, un poco atemorizados por la presencia de los gitanos, pero accedieron a verse la orina. Entre ellos, un jorobado de ojos azules, que llegó hasta el lugar acompañado de un anciano bajito y calvo.

Los frascos de orina eran clasificados por Amelia quien los etiquetaba con los nombres de los dueños y los alineaba en cajas de madera. La machi y su ayudante principal pasaron toda la noche frente a los humores, auscultándolos, tocando el tambor. En la madrugada se durmieron y al despertar sus sueños revelaron la causa de los males.

Amelia percibió muy temprano que el más consumido de los enfermos aguardaba su turno. El día frío la obligó a arrebosarse con su chal negro. Salió de la carpa y le ofreció al jorobado una taza de café. Los ojos azules le agradecieron. Trenzó su pelo frente al hombre, pensó en el tiempo que había pasado desde que la sangre había cambiado su vida. Ahora llevo en mi cuerpo una cría de la Chumpai, si la Raquel me viera se enojaría, ese mar que tanto quise conocer para presumir ante mis compañeras que nunca lo han visto y que quizás jamás lo llegarán a ver. Tonto Miguel que creíste que me destrozaría tu indiferencia. Los ojos del hombrecito se posan en mi vientre, como si deseara refugiarse en él de la escarcha. Yo los puedo a todos en mi útero infinito. El jorobado entró a la carpa. Los enfermos se fueron ubicando afuera a medida que arribaban, Maura y Amelia los atendían con tecito y pan amasado.

-A usted te hostigan, he visto perros negros mordiéndote la espalda, una cueva sucia donde a usted le han maltratado. -sentenció la María.

El hombre asintió con la cabeza, se despojó de su lustrosa chaqueta y se sacó la camisa. Mostró su joroba llagada, plagada de cicatrices. Tiritó. Noemí vació líquido espeso de una botella, untó un trapito y se lo pasó por la tutuma. La Cariqueo agitaba los remedios que hervían en la olla indicándole a Noemí que le aplicara raíz de chamico.

-Millalle pa' calmarle el sufrimiento le hará bien, ponle también una hojita de nalca.

-Me tomaron hace unos meses en Yumbel porque quise defender a unos jóvenes que maltrataban los muñecos. Yo me había divertido tanto con el teatro que ellos presentaron el día del Santo, el 20 de ene-

ro. Allí mostraron de todo, cómo al Señor lo habían crucificado los romanos, a los romanos los vistieron de verde muñeco, igualitos con sus lumas y todo. Eso no les gustó y en medio de la obra se llevaron a los jóvenes. Yo les grité y patalié, los insulté. Uno grandote me agarró, me golpeó y después desperté en una celda sin ventanas. De ahí fue para mí el calvario -el hombre prosiguió en un murmullo- Estuve meses encerrado, a toda hora me apaleaban, se ensañaron con mi joroba, apagaban cigarrillos en ella, me echaron los perros, me vejaron. -Sollozando continuó- No sé por qué me hicieron eso. Ahora tengo miedo de cualquiera...

-Pa' eso hay remedio, -interrumpió María- yerbas pal susto te voy a dar, pero tiene que ir a buscar tierra del cementerio y me la trae, yo le voy a enseñar el secreto pal susto.

-¡Con qué le voy a pagar todo esto! -suspiró el jorobado.

-Cualquier engaño no más, si esto que hacemos son cosas de arriba, voluntad de Ellos.

Noemí lo encaminó hasta la carretera, sobándole la joroba se despidió recordándole que volviera al otro día de madrugada.

Vieron enfermos hasta el atardecer. La noticia se había propagado como fuego y las fueron a consultar hasta los connotados de Chillán. La Cariqueo se resistió a atenderlos, aduciendo que los de lo alto habían sido muy claros en convocarlas para sanar a los pobres, a los que sufrían por la fuerza maligna de los brujos, a los que anulados por el poder de lo maléfico vagaban por calles y senderos clamando recuperación, a los ciegos por los tormentos de los muñecos que acudían a los santuarios y a las devociones pidiendo la luz, a los hambrientos sin trabajo que hurgaban en los basurales. Un jefe de servicio público, al oír las razones de la machi Cariqueo se enfureció.

-¡Tu Dios es un estúpido! -¡Para qué sanar a los que ya son cadáveres? Tu Dios es un sedicioso, ustedes son un peligro para esta comunidad. ¡Ya vas a ver lo que te va a pasar! Se subió a su auto japonés, apretó el acelerador, bajó el vidrio y sacó una mano fuera gesticulando su desprecio.

-Me soñé con niebla, bruma -les contó la Cariqueo por la noche -señal que tenemos que abandonar este Chillán.

Sintieron el ruido de un motor apagándose y trotes alrededor de la carpa, jadeos de animales. El cañón de un arma recorrió el poncho que servía de puerta. La Cariqueo les dijo que rápido empuñaran ají machacado y brotes de ajo. Dos muñecos con cascos y mascarillas, premunidos de sendas ametralladoras invadieron el pequeño espacio, gritando-

les que salieran. Maura arrojó al fogón un puñado de ají, las llamas crecieron hasta el cielo, del mismo modo todas fueron echando sus manos. La Cariqueo maldecía iluminada por el fuego.

—¡Se convertirán en sapos, la boca se les torcerá y babearán! ¡Puras calamidades tendrán en esta vida! ¡Se mearán y cagarán todo el día! Sus parientes los aborrecerán! ¡Yo les mando la maldición con la fuerza de lo alto!

Los muñecos retrocedieron atemorizados, la respuesta incomprensible de las mujeres los hacían vacilar, el calor de la carpa era el calor del infierno, sudaban.

—Brujas de mierda —gritó el más flaco, al tiempo que con la culata de su arma golpeaba el vientre de Amelia.

—¡Tú parirás un sapo, india cochina! —chilló al abandonar la carpa y como poseído continuó —¡Nos mandan a corregir al diablo! ¡La puta que nos salve ahora de las indias chanchas!

Los trotes veloces, el motor en marcha, los gritos de temor en medio de la oscuridad. Los muñecos se perdieron en el camino a la ciudad.

Tendida en el suelo, Amelia gemía. Su madre la consolaba, Maura pulsaba el tambor suavemente. La machi se apresuró a preparar un brebaje fuerte de palo santo y yerba de la plata. A Noemí se le resbalaban las lágrimas.

Siempre dije, muñecos malditos. A mí me golpearon por no ser Sandro aquella vez en el paseo, hoy le tocó a Amelia, a mi joven chumpai. Que se desaten las iras del cielo, que se pudra la tierra que pisan esos guardias del orden. Excremento verde que salga de sus culos, que vomiten gusanos amarillos. Pobre mi Amelia, ven para que te cubra con mis brazos, arrellénate en mi cuerpo caliente. La machi sabrá cómo hacerlo para que retengas la criatura de la chumpai. Invocaré al trueno y a las estrellas, a la lluvia, al viejo sol para que no abortes, para que no salga antes de tiempo nuestro pequeño ser. Esos odian la vida, nos quieren envilecer con sus golpes, no quieren más huachos en su camino, le temen a los criados sólo por mujer. Abre tu boca y bebe del remedio, descansa, mi joven chumpai acunada en mi pecho.

El jorobado las encontró con la carpa desarmada y atando bultos. Venía con su amigo calvo, para que también a él lo sanaran. En una bolsa de plástico traía la tierra de cementerio. Noemí y María lo condujeron hacia unos arbustos. Allí le explicaron el procedimiento a seguir. Debía llevar siempre esa tierra donde los antepasados dejaron su cuerpo, era el contra más potente para el susto y para protegerse de los ene-

migos. Los antiguos lo habían usado en las guerras contra el blanco y así no eran apresados, ni heridos, ni torturados. Le recomendaron tomar en ayunas agua caliente de toronjil por un mes, y fricciones diarias de zumo de nalca en la joroba. El hombre de ojos azules cautivado por la sabiduría de las mujeres les evidenciaba su gratitud acariciándoles las manos, diciéndoles que eran la salvación de sus días aciagos, que su poder iba a transformar el amargo ritmo de su vida.

El anciano calvo aguardaba junto a Maura y Amelia que finalizara la consulta, limpiando con un pañuelo sucio el constante lagrimeo de sus ojillos minúsculos. Al reunirse el jorobado con las dos mujeres le preguntó a la machi dónde podría verla. Su respuesta fue ambigua, evasiva y entonces el anciano supo que no debía insistir, que ya había perdido su opción. El jorobado se despidió afectuoso, emocionado. Abrazando a Amelia llamándola Virgen Mapuche le dejó en sus manos una vieja polvera de plata.

Tardaron sólo unas horas en llegar a Los Angeles. La ciudad estaba vacía, cerrados los negocios. Hora del almuerzo. Una caótica arquitectura se presentaba a sus ojos, casas grises, edificios a medio construir, hoteles fronterizos. Caminaron hasta el terminal de buses. Al frente, la feria se deshacía, pero encontraron un pequeño restaurant abierto y allí comieron una sopa de fideos y un plato de lentejas. La machi de cara a un espejo que reflejaba la calle, entre las letras blancas que anunciaban el menú, divisó los uniformes conocidos franqueando la salida. Captó el rostro del dueño del restaurant aterrorizado, lívido. Le hizo un gesto a Noemí para que no se sorprendiera. El dueño se abalanzó con la cuenta y les pidió que se retiraran.

—No lo vamos a hacer —dijo Noemí— tendrá que dejarnos aquí hasta que se vayan.

—¡Están locas! Ya han entrado éstos y me han destrozado mi negocio, si quieren váyanse por la puerta de atrás, de una en una, así no sospecharán. ¿Adónde se dirigen? ¿dónde van a ir a esconderse?

—Queríamos quedarnos en la ciudad, soy machi que vengo a curar los males del mundo.

—¡Jamás! Los Angeles está plagada de muñecos y guardias, no hay un lugar donde estar sin ser visto, pero pueden irse a la cordillera, a los montes en Santa Bárbara, justo sale una micro en media hora más, les aconsejo que tomen ese rumbo, ya hemos visto muchas muertes acá, y de seguro que las andan siguiendo, es el hostigamiento que le llaman.

Las cuatro sombras negras cruzaron el pasillo en silencio, la salida trasera daba a una entrada del terminal. Sacaron los pasajes y se sentaron al fondo del vehículo, corrieron las gruesas cortinas de ambas ventanas y esperaron la partida.

El sendero sinuoso, vía de tierra y cascajo, estrecho cauce entre los cerros. Las nieves surgían enhebrando los cordones andinos. Las nalcas creciendo bajo las caídas de agua, helechos, todo el universo de yerbas y plantas, de árboles se prodigaba. Noemí iba aprendiendo de la machi nombres y formas, memorizando las virtudes que ella señalaba de flores y cortezas. Los bosques de pino y araucarias crecían más arriba, era posible ver desde lejos sus puntas como hongos, como sombreros derramarse. Los bosques de los huachos, pensó Amelia.

Es un buen lugar para tener mi guagua huacha. Me gustan estos montes, los colores de este cielo. Tal vez haya un río para lavar a mi huacho que crecerá entre los árboles y entre las piedras. Voy a escribirle una carta a la Raquel para que venga a verme parir, puede que me suba a lo alto de esa cordillera y entre la nieve tenga mi crío chumpai. Allí no llegarán nunca los muñecos malévolos a quitármelo, tampoco las ánimas, porque estoy segura que en este sitio no hay lugar para ellas, para ningún muerto en este territorio. Voy a recorrer los bosques para encontrar a los huachos que vienen a ser mis hermanos y los hermanos de mi guagua. Somos todos nacidos de madre sin padre. Hasta la Raquel es huacha que lleva el apellido de su abuelita. Mi mamá es huacha que recogió mi tía Queupil, y la tía de la tía seguramente también lo era. Me regocija el color de los cerros, me llena de nostalgia ese morado, los bosques se parecen a la Violeta Parra en invierno, multitud que contrasta con la luminosidad de la nieve, habitantes aglomerados para defenderse del viento.

El pueblo no era muy grande y fue fácil encontrar un lugar donde levantar la ruca de pontros. Protegida por un alero de piedra, su entrada daba al oeste, y en un costado caía una cascada formando una poza de agua cristalina. La machi decía que era un lugar perfecto. Desde él dominaban el caserío y sus movimientos, percibían el rumbo del viento por el humo de las chimeneas constantemente encendidas en las casas. Incluso podían avizorar cualquier llegada de vehículos al villorrio.

Noemí fue al pueblo a comprar las faltas, el azúcar, la yerba mate y a dar a conocer la nueva que traían. El almacenero las recibió con agrado y escuchó con atención sus palabras. Unos niños que compraban dulces se burlaron de sus atuendos y salieron gritando que una pai-

sana loca andaba en el almacén de don Víctor. El hombre le informó a Noemí que no habían muchos enfermos en el pueblo.

—Pero sus parientes paisanos estarán felices, ¿no ve que ellos bajaban a ver la meica que se murió no hace poco? Ellos creen en machitones, aquí no pues, estamos civilizados los Santa Barbarinos —le comentó serio —¿no se fijó que tenemos una calle pavimentada? ¿No vió la bomba de bencina, las luces en la plaza?

La machi no creyó nada de lo que le dijo el almacenero.

—Huelo este pueblo hediondo de mal, ya llegarán a visitarnos.

Amelia veía relucir el cabello de Maura al sol. Partían al bosque a recolectar piñones. Era su segundo día de estadía cerca de la cordillera. Se acordaron de esa vez que recogían deshechos en la playa ¿dónde dejaste las cabezas de esas lindas muñecas? ¿y tú, qué hiciste con los cristales? ¿y los dedos? Ascendían lento y se detenían a descansar, Amelia no podía subir ligero y la transpiración humedecía su vestido negro. A pesar que era el fin del invierno el sol calentaba. Las instrucciones de la machi fueron precisas: que Amelia no se agachara mucho y que ayudara a Maura sólo a guardar los piñones en el saco, que no se le ocurriera mojarse los pies. Descubrían con sorpresa la infinitud de los cordones nevados, los picos de formas insospechadas que iban surgiendo a medida que subían, las inmensas montañas como animales antiguos, sus lomos a punto de elevarse para llegar al cielo brutalmente azul. Después de un largo camino alcanzaron los bosques de araucarias. Amelia se estremeció al contemplar el paisaje de luz y sombras, la altura enorme de los viejos árboles, su testimonio de cataclismos, la yesca resbalosa donde crecían por miles hongos de diferentes portes y colores. Antes de iniciar la recolección y como les había pedido la Cariqueo, oraron al viejo Pehuén, a la vieja Pehuén y les solicitaron su permiso para llevarse los frutos que ellos tutelaban. Maura entonó una canción que convirtió al bosque en una enorme caja de música. Recogieron piñones jóvenes, algunos todavía no maduros. Lograron llenar medio saco. Maura decidió ampliar el radio de la recolección y Amelia se quedó esperándola en un claro del bosque. Se sentó apoyando su espalda en una vieja araucaria y se divirtió contemplando el ramaje que allá arriba tejía telas de arañas. Recorrió con la mirada los enormes huecos que había en algunos árboles, vió perderse la silueta de Maura que se aproximaba a la parte nevada del bosque. ¿Y si no vuelve más? ¿Si se la tragan esas bocas blancas, esas lenguas heladas? Tanto que te mueves en mi estómago, hijo chumpai.

Se levantó y caminó para que se acomodara el crío. El viento frío la obligó a sentarse otra vez. Escuchó un sonido: algo se arrastraba por la yesca.

—¡Maura! —gritó

Un aguilucho voló moviendo ruidosamente sus plumas.

Con temor corrió a esconderse dentro de un hueco. A los minutos sintió nuevamente el ruido: son pasos de gente. Son invisibles y se acercan. Son delgados y silenciosos. No los veré jamás y sin embargo están conmigo, los oigo deslizarse y veo como destruyen los hongos a su paso.

El joven, cubierto por un poncho ajado, silbó tres veces. La melena le caía sobre la frente, una barba hirsuta escondía sus labios. Tres más se juntaron con él. Todos se parecían, el pelo greñoso, los pies descalzos, las barbas enormes. Colocaron trampas cerca de los árboles, con destreza anudaron lazos, clavaron pequeñas estacas. Kau-Kau le decían al que parecía jefe. A otro lo nombraban Menoko. Revisaron minuciosamente las trampas y se fueron.

Maura encontró a Amelia escondida en el hueco del árbol, y se fue bromeando con ella todo el camino de regreso.

—¡Estás asustada como conejo! ¿Viste acaso un anchimallén, la luz juguetona?

—Vi, pero no vi, los conocí, pero no sé si son gente.

—No había nada, estuve todo el rato cerca de tí.

—Te digo que eran y no eran, capaz que el crío nazca invisible como ésos.

De Malla Malla habían bajado los ancianos para consultar a la machi. Después fueron llegando de reducciones más alejadas. A la semana el ruco de pontros era el centro del movimiento de los que viajaban a Santa Bárbara. Núcleo de efervescencia, se trabajaba sin parar viendo orines y ropa interior, recolectando yerbas en la montaña. En poco tiempo, la fama de buena curandera de la Cariqueo y su ayudanta se comentó por toda la región. Un día apareció el Alcalde del pueblo acompañado de dos guardaespaldas. Miraron y recorrieron el lugar donde se alzaba la carpa, preguntaron los nombres de sus moradoras, llenaron una hoja con los datos y se marcharon.

Noemí fue la de la idea de trasladarse hacia los bosques.

—Total, nos queda poco tiempo aquí y para precavernos de los muñecos. Estoy segura que algo se trae entre manos este Alcalde. No soportan los ricachones tenernos cerca y menos que el pueblo se llene

de paisanos, los ofenden sus ropas pobres, sus ojos desolados. Somos una presencia que quieren borrar, que siempre han querido borrar.

Antes de llegar al bosque encontraron un sitio protegido del viento y continuaron allí su tarea. Marginadas del villorio, igual recibían las visitas continuas de los enfermos y creían que el lugar próximo a las nieves y a las alturas había sido consagrado por los dueños de la gente. Allí se les revelaron otros secretos, soñaban que el conocimiento del mundo era infinito, inconmensurable la sabiduría que les enseñaba a despegar su cabeza del cuerpo, a utilizar el rayo y las aguas. Ahí crecía en paz el crío de Amelia, tutelado por todos los espíritus de los antiguos. Allí también rondaban los huachos, esos que expulsados de las ciudades habían encontrado un refugio en las desiertas montañas. Mitad animal, mitad hombre, aparecían en los sueños de la machi y en los de Amelia eran invisibles, dobles de otros que habían muerto de hambre. Algunos pacientes de lugares apartados se quedaban a dormir con ellas y otros fueron levantando sus propias rucas para recibir mejor el tratamiento y para ayudarlas a buscar las yerbas y medicinas. Por las noches, se congregaban alrededor del fuego y asaban un cordero, bebían chicha de trigo y la machi alegre tocaba su tambor porque quería ver bailar a los enfermos. Decía que los huachos se aproximaban esas noches, atraídos por el jolgorio, entonces, Amelia juntaba huesos y restos de carne y se los dejaba junto a una jarra de chicha. Por la mañana encontraba signos equívocos de su existencia. Hermanitos huachos —clamaba al vacío— no me tengan miedo, Menuko, Kau Kau, quiero conocerlos, sé que están muy cerca. Con el espejo de la polvera de plata les hacía señas, pero nunca había respuestas a sus reflejos.

—¡Noemí, Amelia! Llegó, llegó! grita Maura.

Lo vio bajarse de una camioneta amarilla, tras él la Super Woman inconfundible con su pelo rojo suelto. Habían entrado al único hotel del pueblo. Después había divisado a la Sargenta con la Perricholi paseando y al socio Pedro pegando carteles en la Municipalidad.

Con un gesto de desprecio en los labios, Noemí le dijo a Maura que no se angustiara, que si el malvado Emperador había llegado hasta Santa Bárbara era porque el destino así lo había dispuesto. La Cariqueo opinó que debían permanecer en la zona hasta atender a todos los necesitados de su saber y que para nada tenían que toparse con las Fierecillas, que ninguna bajara al pueblo y así evitarían cualquier contacto.

Esa mañana el cielo hería de azul intenso. Amelia se levantó al alba a preparar el mate y a encender el fogón. Fisgó en los alrededores por si había algún huacho, solo vio a uno de los enfermos que oraba al

sol y a una muchacha recogiendo leña cerca del bosque. La Cariqueo amaneció de mal humor, un aire le torció la mitad derecha de la cara. Se había colocado cáscaras de papa y papel de cigarro en la parte afectada. En silencio puso a hervir una olla de remedios. Por la entrada de la ruca un inusitado arcoiris circundaba el cielo. Noemí lo vio desaparecer en pocos minutos y observó una mancha roja, un círculo granate suspendido que lo reemplazaba. Del sol vio descolgarse alas de ganso que poco a poco fueron enrareciendo el aire, poblándolo de plumas blancas que flotaban e impedían ver la cordillera y las araucarias. No hubo comentarios a los extraños signos matutinos. La machi le dijo a Noemí que ella debía atender hoy a los enfermos.

—Mi cuerpo ta pesado por el espíritu, mucho malo ha tomado esta noche, lo pasé en pesadilla.

El Emperador vestía su pantalón a rayas y una casaca de cuero, la curva de sus cejas recién delineadas. A su lado derecho, Pedro el socio, al costado izquierdo el Alcalde y los guardaespaldas. Tras ellos, la Sargenta Loca tomada del brazo de la Liebre; la Perricholi y la Super Woman en la retaguardia haciendo bromas a las de adelante. Más abajo se congregaban niños y algunos hombres del pueblo poniendo cara de desentendidos.

—¡Bibicita! te he venido a ver. ¡Por fin te encontré!

Las cuatro mujeres aparecieron por la abertura de la ruca, vestidas de negro, envueltas en sus chales, el cabello trenzado cayendo en la espalda. Semejaban una muralla oscura y compacta. Por unos segundos permanecieron cara a cara, espectantes. El grupo liderado por el Emperador frente a los montes, borroneados por las plumas, el de Noemí delante de los enmarañados bosques de araucarias.

—¡No lo puedo creer, mi Invencible convertida en una india chusca!

Ella se quedó impertérrita, ni una mueca en el rostro moreno, rígidos los hombros, erguido el pecho.

—¡Queremos que se vayan de aquí! —gritó el Alcalde— No son gratas en Santa Bárbara y como soy un hombre comprensivo les aviso antes de que vengan los muñecos que las andan buscando y ya saben...

—Les pueden hacer cositas ricas —interrumpió el Emperador— ¡Eso que no me dejaste hacerte! —carcajeó y con ambas manos se tocó las partes bajas— Así es que mejor se viran y tú te quedas conmigo a cumplir tu contrato.

La Sargenta se acercó, sonriendo ladinamente, hacia las cuatro mujeres. Los short grises ajustados marcaban la gordura de sus nalgas, bajo el gorro militar oculta la mitad del rostro. Maura y Amelia retrocedieron unos pasos para dejar a la machi y a Noemí enfrentarse a la carnosa.

—¡No te acerques!

—De cuando acá con órdenes, patipelada, recogida de las callampas —La gorda puso su aliento en Noemí y le dió un manotazo en la boca.

Arrojando su chal al suelo, con una furia que le enrojeció las mejillas, Noemí contestó el golpe. Sus firmes dedos se incrustaron en los ojos de la Sargenta.

—¡Eso sí que no! —gritó el Emperador abalanzándose junto a los dos guardaespaldas sobre Noemí.

La gorda afligida, cubriendo con sus manos la cara, pedía ayuda. De un brinco la Liebre llegó a auxiliarla y la condujo a tropezones hasta el camino del pueblo.

Noemí logró escamotear la arremetida de sus perseguidores, serpenteando entre los matorrales y rocas. La Cariqueo levitó unos minutos y elevándose enarboló su rebozo azul-negro, profiriendo rugidos intermitentes que dejaron estupefactos a los enemigos. De sus ojos brotaban rayos que acosaban al Emperador. Noemí se dió cuenta que el Alcalde sacaba de su cintura un revólver y haciendo crecer sus uñas como cuchillos corrió hacia él amenazante, pero el hombre alcanzó a gatillar su arma hiriendo a la machi en un brazo. De inmediato la sangre escurrió y se coagulaba entre lascas y guijarros. A distancia, los niños de Santa Bárbara lanzaban piedras con sus hondas, clamando por refuerzos. Decían que las indias se habían rebelado, que la sangre llegaría hasta el pueblo si no las detenían. El paisano enfermo, que seguía desde lejos los acontecimientos, se enfureció con el ataque que le habían hecho a su machi y se aproximó sigilosamente con un hacha hacia el Alcalde. Una advertencia bastó para que el hombre le disparara rápidamente un tiro mortal. Su cuerpo se desplomó sobre el humus de plumas y sangre. Con esfuerzo, Amelia y Maura lograron arrastrarlo hasta la ruca. Amelia abrió la polvera de plata y colocó el espejo en las narices del paisano comprobando su suerte. Cubrió su rostro con un pañuelo floreado. Junto al cadáver oró a los dueños del cielo que no le ocurriera nada malo a su hijo chumpai. La machi Cariqueo enojada y manca le daba gritos a Maura para que le llevara la piedra sagrada. Aterrorizados por los sucesos, asustada de lo que vendría, la Super Woman tomó al

socio Pedro y le dijo que mejor se fueran, que la cosa estaba color de hormiga y que nada ganaban estando allí. El pelo rojo de la Super se parecía a la sangre de la Cariqueo, ondulando al bajar al pueblo. Sólo la Perricholi permaneció agazapada tras un árbol, consumiendo vorazmente el espectáculo. Recuperado del dolor que la mirada-rayo de la machi le había causado, el Emperador la buscó febrilmente seguido de cerca por los guardaespaldas. Le dió alcance en el periplo del bosque, atrápandola de su único brazo. Una repentina estridencia se escuchó en el instante que se apoderaba totalmente de la Cariqueo. La estampida emergía de la cordillera por cuyos desfiladeros descendían bandas de huachos enclenques pero premunidos de lanzas de coligues y boleadoras, feroces en sus aullidos, semejando miles por el bullicio que emitían. Bloquearon el territorio copando los cuatro cardinales. La machi se zafó de las garras del Emperador, desvaneciéndose de sus manos. Sólo quedó de ella el negro vestido adherido a la tierra roja y blanca como piel quemada. Los huachos chivatearon e hicieron sonar sus lanzas al ver que de Santa Bárbara se acercaba un piquete de hombres armados con rifles y carabinas.

—Son unos piojentos no más —dijo el Emperador al llegar donde estaba el Alcalde. A éstos los liquidamos sin problemas.

Noemí recomendó a Amelia y a Maura que se ocultaran en las montañas, temía que el crío chumpai quisiera ahora la luz, así al menos lo anunciaban las puntadas y pujos intermitentes que sentía su hija. Las muchachas atravesaron sin dificultad la línea de huachos que aislaba el sendero del bosque y por sus señales arribaron hasta los aleos que usaban éstos como refugio.

Ya sabía yo que era imposible evadir tu rencor de echacuervos. Se me parte el pecho de rabia cuando te veo conspirar con los hombres del Alcalde. Pero estoy resuelta a luchar contigo y a muerte. Uno de los dos tendrá que vencer. Si alguna vez fui tu fierecilla Invencible ahora estoy segura de ser Invencible Guerrera contra el mal, contra tu despreciable maña de estrujar mujeres. La ira me estremece y me eriza: recuerdo tu sudor al disfrazarme de Bibí, tu libidinosa cara pintarrajeando la mía, tu asqueroso cuerpo como baba empotrada en el ring. Ahora, los cuatro costados de esta tarima son enormes y asediados por los otros, por éstos que todos abominan, mitad indios, mitad blancos, expulsados y marginados de esa vida que tú construyes paso a paso en tu infame empresa. Con piel de culebra, cuero de traición, aguardo el tañido de la campana que anunciará esta versión del combate que te refoci-

la y que crees manejar. Gozoso te arreglas el bigote. Pero aquí ya no existen espectadores, todos somos parte de este show montado desde lo alto. Mira no más como los huachos feroces afilan sus dientes y blanden sus lanzas. Voy a esperar con paciencia de serpiente a que anuncies la pelea de fondo, el estelar del mediodía.

Los primeros disparos rebotaron en el largo y tornasolado cuerpo de la culebra que reptó un poco sólo para lograr un mejor ángulo de los grupos de hombres agazapados tras los árboles, las otras ráfagas lesionaron la barrera de huachos que sitiaban el norte. Surcó el cielo el aguilucho manco, ¡la puta que la parió! ¡la bruja pérfida! ¡La ayuda de sus dioses! gritaron los enemigos al verlo. El ave revoloteó y dejó caer orín ácido sobre sus mulleras. La culebra reía divertida del modo en que se disolvían sus nuca y en lo que demoraban sus troncos descabezados en desplomarse. El Alcalde disparó sin puntería hacia el ave coja que se perdía rumbo al sur. La serpiente sacudió su lomo limpiando las plumas que oscurecían su piel. Desde lo alto, un zorro plomizo, al que le faltaba una de las patas traseras, se descolgó de una cuerda de voqui y llegó hasta la culebra. El reptil se subió a sus ancas. Vuelan zorro mutilado y serpiente recorriendo el cóncavo universo. El Emperador anima a los pocos hombres ilesos a usar sus carabinas, pero ellos sólo atinan a persignarse y arrodillarse. El Emperador apunta al zorro que planea con gracia, sin asestar ni un tiro a ese blanco móvil que ondula su cola como burlándose. El zorro lisiado aterriza en una enorme piedra donde deja a la culebra. El Alcalde y El Emperador deben persuadir a los guardaespaldas, los únicos adversarios que no han huído, de que todo lo que han visto es pura entelequia, hipnosis de machis, artimañas de viejas brujas, efectos causados por el arte de los indios que son piltrafa al lado del poder de sus armas de fuego. Se obstinaron, entonces, en la persecución de la serpiente Noemí. Los huachos se han quedado en sus posiciones, convencidos de que el momento de actuar aún no llega para ellos.

Te urge estar a mi lado, quieres enfrentarte de una vez por todas con algo parecido a un humano. Mientras escudriñas en la ruca y me buscas entre los ponchos y frazadas yo con mi fina lengua me lamo el espinazo salpicado de pólvora. No en vano te extraje los sesos como Kai-Kai, te has vuelto un idiota rasgando la trama de los pontros. Ni en la tele he visto algo como esto: los amigos del Alcalde, brabucones y matonescos son ahora gatitos atemorizados y balbucientes, incapaces de eludir la sombra-machi que los torea con el rebozo. Ni el Alcalde ni tú pueden gozar contemplando la lenta asfixia con que mueren. Recién

te percatas de la sombra, Emperador, y le avisas al Alcalde para que dispare su inútil revólver, percibo el pánico que les producen estos ojos-rayo y la boca de fuego de la sombra Cariqueo que ahora pronuncia frases de humo, palabras tóxicas que obligan a taparte las narices. Tu amigo se está achicharrando con las llamas de la sombra y eres tan tonto que piensas apagar el incendio de su cuerpo con el rebozo de la machi. Apañado en el azul-negro el Alcalde es un muñón de carne asada, que no sé qué perros quieran comer por su pestilencia. Ahora sí que tienes miedo Emperador, te resbalan gotas de la frente, empapas tu pantalón, se te corre la pintura de las cejas, estás temblando. Este momento me parece el mejor para vernos las caras los dos solos en el ring. Seamos los favoritos, las estrellas de estos cadáveres que palmotean y claman por el inicio de la función: Noemí la Champurria Invencible contra el Emperador.

Flecta las rodillas y cruza los brazos a la altura del rostro. El moleto Emperador aguarda el ataque de Noemí. La Invencible, acomodándose el cuero de culebra chasquea la lengua entre los dientes, precavida en su rincón. No pestañean sus ojillos oblicuos, acecha desde su posición el más leve movimiento de su rival, flamea la tela de su pantalón a rayas, está tenso, le duelen los muslos, su pulso se acelera. De pronto, la Invencible se arrojó como saeta contra su barriga suelta, dándole cabezazos y puñetes, dentelleando sus brazos, arañándole los hombros. Desplazándose vertiginosa, en un tropismo demoníaco no le dejó entrar ni un sólo golpe al Emperador. Se acordaba una a una de sus propias lecciones para anularlo. El hombre resistió tenazmente las feroces embestidas. Por un momento tomó la ofensiva y logró asir del cuello a Noemí, pero ésta se escurrió prodigiosamente de su abrazo perverso.

—Me das asco Bibí, tienes la piel áspera y fría como culebra —gritó el hombre estremecido.

Mucho más asco me das tú, culo informe, perniles de estropajo, por eso pateo a mi regalado gusto tu grupa asquerosa. En tí todo es repulsivo, bigotes relamidos, cachetes manoseados. Puedes atacar, conozco tus mañas de diablo viejo y me libro fácilmente de las ridículas llaves con que pretendes amarrarme a tí. Los intentos que haces por asustarme con los dedos dirigidos a mis ojos se te transforman en piruetas de mamarracho. Ven pues, trata de derrotar a esta mujer, demuéstrate a tí mismo y a nuestro finado público que eres capaz de aniquilar a esta pobre fierecilla, mujercita con sexo debilucho, hembra que manejaste a tu amaño. No, no puedes atacar a la Invencible, a la serpiente, porque su ponzoña te está haciendo efecto, gimes sobándote los hinchados bra-

zos, maldices horrorizado de las manchas amarillas-verdes que supuran en tu piel. Tu boca espumajea, tu cuerpo no te obedece cuando quieres arremeter para seguir al combate. Ahora estás listo, éste el momento preciso para dar mi golpe maestro, la última estocada de Noemí Sandoval.

Se abalanzaron, bajaron raudos de los cerros. El bullicio limpiaba el cielo de plumas. Los huachos removieron la tierra de los escombros, con sus lanzas apartaron despojos, cuerpos mutilados, reunieron cabezas corroídas, piernas chamuscadas. En un rato expurgaron la superficie creando una zona fronteriza de cadáveres, un límite de muertos que demarcaba el acceso norte de ese sitio que sacralizaban, que preparaban como para un festín.

El Kau Kau ayudado por el Menoko acarrea el pelo del cuerpo aún resollante del Emperador. Lo ubicaron en medio del lugar que habían designado los huachos con una rama de araucaria. El Kau Kau tocó cuatro veces su cuerno de carnero. Al primer llamado acudió la María Cariqueo ataviada con su traje de machi; al segundo, Noemí salió de la ruca de pontros. Luego Maura y Amelia se apresuraron en correr desde el alero. Amelia descendió presa de excitación, por fin estaría con sus hermanos invisibles, los huachos de los bosques, primos de la cría chumpai.

Alrededor del Emperador yacente, formaron cuatro círculos, el principal con las mujeres, el jefe de los huachos y el Menoko, después tres anillos de huachos ciñiendo la congregación. El Menoko y el Kau-Kau iniciaron una armónica danza al son del tambor de la Cariqueo, giraron varias veces en torno al Emperador. El Menoko se agachó y tomó firmemente los hombros del desfallecido, Noemí le entregó el puñal al Kau-Kau. El Emperador levantó con mucho esfuerzo sus párpados y contempló unos instantes el rostro moreno y sonriente de Noemí. Acezando intentó mover los labios, la baba humedecía su mentón y mojó su cuello, palabras ahogadas, muecas de pánico. Una tela delgada cubrió sus ojos e impidió que los visajes del cuchillo que empuñaba el Kau Kau se reflejaran en sus pupilas. Los huachos chocaban sus varas de coligue y el tam tam de la Cariqueo latía acompañándolos.

Después del salvaje alarido, desde Malla Malla bajó el viento, bariendo plumas, despejando el aire. El sol se puso a brillar como una medalla en el torso azul del cielo. En las manos del Kau Kau el corazón del Emperador aún palpitaba.

—Tenemos que comerlo, es la ley del Dios —habló solemne la machi.

De uno en uno fueron mordisqueando y sorbiendo el alma caliente del Emperador, incorporando el espíritu del enemigo, acumulando su poder. La machi y Noemí tributaron a lo alto un trozo de sangre del vencido, así aseguraban que por las noches no rondaría clamando venganza. A la vieja Dios y al viejo Dios invitaban al festejo, oraban, los huachos colocaron ofrendas de conejos y pájaros. La machi danzó incansablemente al compás del tambor que pulsionaba Noemí. Por el crepúsculo ya sabían todos que estaban en paz con los dueños de lo alto.

Desde que la luna me dio el castigo no sentía un dolor tan grande. Amelia en cuclillas pujaba. De nada sirven tus manos, madre, tratando de aliviar este malestar, los agujijones que punzan mi vientre. Es que viene la cría chumpai. La luna llena iluminó la ruca y la Lucinda Queupil le dijo a Noemí que era mejor apagar el chonchón, que el resplandor de la noche era suficiente para que pariera la madre del que se engendró en las aguas.

CAJON DEL MAIPO
FEBRERO 1985

TITULOS PUBLICADOS

Sergio Marras
EL DIARIO BRUJO

Antonio Gil
LOS LUGARES HABIDOS

Diamela Eltit
LUMPERICA

Sergio Spoerer
América Latina:
LOS DESAFIOS
DEL TIEMPO FECUNDO

Sergio Marras
MACIAS

Ariel Dorfman
DORANDO LA PILDORA

Juan Forch
OBECEDARIO

Antonio Gil
CANCHA RAYADA

Jorge Arrate
LA FUERZA DEMOCRATICA
DE LA IDEA SOCIALISTA

Heraldo Muñoz
LAS RELACIONES EXTERIORES
DEL GOBIERNO MILITAR
CHILENO

Elizabeth Subercaseaux
SILENDRA

Marco Antonio De La Parra
SUEÑOS EROTICOS/
AMORES IMPOSIBLES

Rodrigo Baño
LLAVE DE PASO

Claudio Bertoni
EL CANSADOR
INTRABAJABLE (II)

Jorge Tapia
ESTRATEGOCRACIA
El gobierno de los generales

Sergio Bitar / Crisóstomo Pizarro
LA CAIDA DE ALLENDE
Y LA HUELGA DE EL TENIENTE

Diamela Eltit
POR LA PATRIA

Jorge Narváez
JUDSON HALL TOWER
(El verdadero caballo de Troya)

Sergio Navarro
MAÑANA CANTA GARDEL

Sergio Marras
FOTOPOEMAS

Marco Antonio De La Parra
EL DESEO DE TODA CIUDADANA

Clodomiro Almeyda M.
REENCUENTRO CON MI VIDA

Nelda Mella
ISLAS ESPORADICAS

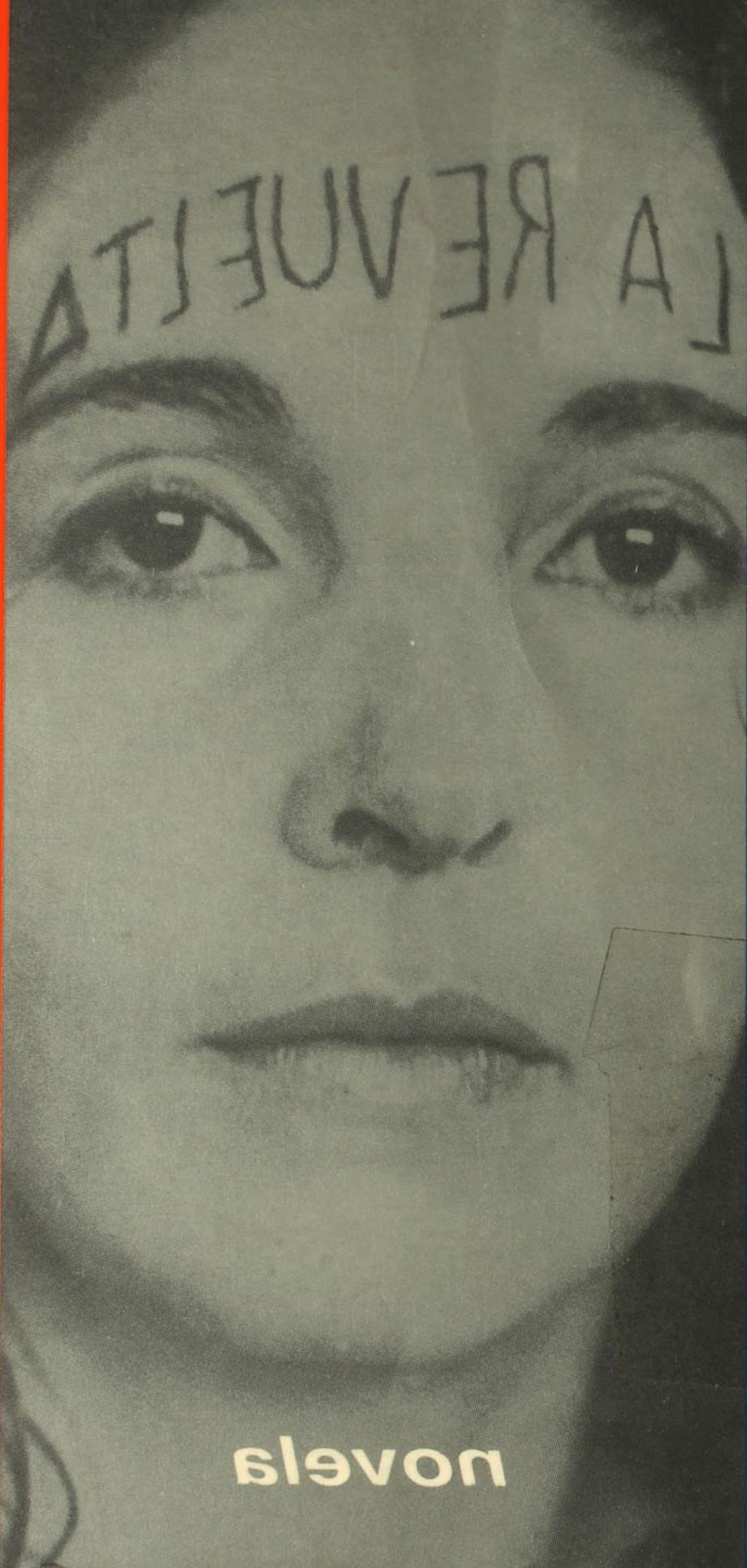
Ricardo Willson
INVOCACIONES

Sonia Montecino
LA REVUELTA

Las Ediciones del Ornitorrinco

La Revuelta narra la historia de Noemi Sandoval –Bibi la Invencible–, mujer equivocada que reencuentra su identidad en el universo mágico y reduccional mapuche. El mundo popular urbano y el indígena, mestizados, serán el escenario en que la Invencible urdirá la trama de su interioridad y de su sexualidad. Trasvesti de boite, luchadora de Catch, machi, pobladora, Noemi Sandoval compondrá su rostro junto a los otros –marginales y vernáculos– para proponer su perfil femenino

son i a m o t e c i n o



novela

las ediciones del ornitorinco